

no ha muerto, y quiero que sepan más, que los médicos han dicho que se salvará, bien que al principio dijeron lo contrario; pero de sabios es mudar de opinion, y los médicos de Fernando eran los tenidos por más sabios en esta villa y córte.

XXIV

Magdalena y los pobres.

Todo Madrid se conmovió al saber la noticia del asesinato cometido en la calle del Águila, pero fué porque todo el mundo creyó que la víctima era el magnífico y opulento D. Pedro del Valle.

Cuando se supo que el agredido habia sido el secretario de D. Pedro, la emocion general se calmó mucho.

Por lo visto importaba ménos que muriera á manos de un asesino el que no aparentaba tener dinero.

Todo Madrid, es decir, toda la parte oficial, elegante ó aristócrata de Madrid acudió al palacio de la calle de Segovia la noche misma ó el dia siguiente al

del atentado ; pero, deshecho el error y conocida la verdad, el Madrid elegante, oficial ó aristocrático no volvió á parecer por allí.

En cambio, el palacio de la calle de Segovia estuvo constantemente favorecido por infinidad de personas que formaban el conjunto más pintoresco y abigarrado que puede imaginarse.

Allí no habia fraques de alas de pichon, ni chalecos escotados, ni vestidos de larga cola, ni blondas, ni encajes, ni uniformes vistosos; al contrario, allí habia *la mar*, como se dice, de harapos: vestidos que habian tenido color hacía muchos años y ya no tenian ningun color de los conocidos; chaquetas con mil remiendos y otros tantos rotos; niños enteramente desnuditos en brazos de madres poco vestidas; viejos que apenas podian andar arrastrando los piés; viudas que ocultaban el rostro bajo un guiñapo que habia sido velo... en fin, allí habia pobres, los pobres á quienes socorria Fernando, los pobres que habia librado de las garras de la muerte, de los brazos de la miseria, de los horrores del hambre.

Esta era la guardia de honor que tenia Fernando.

Allí estaban todo el dia preguntando, inquiriendo, averiguando, llorando amargamente por su bienhechor, y comentando el bárbaro atentado.

La autoridad tomó cartas en el asunto, porque aquellos pobres agrupados delante del palacio ofrecian un espectáculo repugnante á los ojos de los transeuntes, y una mañana se encontraron los pobres

con que los municipales no les dejaron llegar á aquel sitio.

Esta, que ellos calificaban de tiránica disposicion, indignó á los hombres, exaltó á las mujeres, irritó á los chicos, y produjo un motin contra los sufridos municipales, que no hacian más que cumplir órdenes superiores.

Y uno de estos recibió en la cabeza un patatazo, y otro una pedrada que le supo á diablos en la espini-lla, y aquel perdió el tricornio, y á estotro le quitaron la vencedora espada, y la cosa se iba poniendo muy seria y hubiera habido desgracias si no hubiese aparecido Perico en el balcón y arengado á los pobres diciéndoles que podian entrar en la casa, donde á nadie estorbarian.

Y arrollando y atropellando á los representantes de la autoridad, entraron tumultuariamente en el palacio los pobres, los que llamaban *nuestro padre* á Fernando.

Perico salió á la escalera y les recomendó silencio, orden y compostura, y callaron todos. Perico les habia dicho que el ruido molestaba al herido, y esto bastó para que, estando durante muchos dias lleno de gente el patio de la casa, no se oyese ni un grito, ni una voz.

Allí comian todos los dias los pobres que se presentaban, y por la noche se retiraban, pero exigieron que habian de quedar seis de guardia por si ocurria algo, como si no hubiese criados en la casa.

Los pobres no sabian cómo demostrar su agrade-

cimiento á su bienhechor; es decir, no tenían tampoco otro medio de demostrárselo.

Pero hablemos de Fernando.

La herida era gravísima.

Los médicos dijeron que si el puñal hubiese entrado una línea más arriba ó más abajo del sitio en que penetró, Fernando hubiera quedado muerto instantáneamente.

La Providencia no habia querido que muriese un hombre que estaba consagrado á hacer bien á sus semejantes, y Fernando estaba ya en vias de curacion.

Todavía no habia visto á nadie, ni á Magdalena.

Este nombre era el único que habia pronunciado, y siempre que entraba Perico, que le asistia cuidadosamente ayudado de dos hermanas de la Caridad, pedia ver á Magdalena.

Pero los médicos lo habian prohibido absolutamente: la más leve emocion, el más débil movimiento podrian comprometer su vida.

Magdalena, sin embargo, se ha constituido en la casa de Perico, y allí pasa las horas en la mayor ansiedad en la pieza inmediata á la alcoba de Fernando, y en los momentos en que el herido reposa, Magdalena va á hablar con los pobres, que le hablan siempre de Fernando.

Magdalena se ha hecho amiga de los pobres.

Ya le han contado cómo Fernando, disfrazado cual si fuera á hacer alguna mala accion, recorría las calles de Madrid, socorriendo á los pobres; cómo averiguaba dónde habia una gran necesidad ignora-

da de todo el mundo; cómo se informaba de las familias á las que distribuía sus beneficios; cuántas madres conservaban por él los hijos que acaso hubieran tenido que abandonar; cuántos infortunios había aliviado, cuántas miserias había dulcificado, y á cuántas mujeres había librado de caer en la deshonra y el envilecimiento.

Magdalena oía admirada todo lo que le contaba aquella pobre gente, y no podía ménos de sentir penosísima vergüenza al considerar su conducta con Fernando, al pensar que porque aparecía pobre, porque no estaba, al parecer, en la opulencia, porque acaso no le habria podido dar todo el lujo, todo el fausto que necesitaba su vanidad, había querido hacerle traicion...

Magdalena se reconocía bastante inferior al más miserable de aquellos pobres.

Entre los pobres pasaba Magdalena por hermana de Fernando.

Entre ellos encontró mujeres que habían estado en ventajosa posición, y se veían en la miseria por los vicios de sus maridos, ó por la propia soberbia, ó por ruin y miserable vanidad.

Allí encontró llena de harapos á la que, habiéndose casado por vanidad con un anciano rico, había sido infiel luego al esposo, y de degradación en degradación había venido á parar en la más espantosa miseria.

Una pobre madre iba todos los días á informarse de la salud de Fernando, que había sido extraordina-

riamente rica; de Buenos-Aires volvia con su marido y cinco hijos, y trayendo en grandes cajas de onzas de oro una riqueza inmensa, con la que pensaba brillar en Madrid más que todas las mujeres, pero en medio del mar voló la caldera del vapor, y desaparecieron en las aguas su marido, cuatro de sus hijos, y todas sus riquezas, salvándose ella providencialmente con el niño que tenia en sus brazos, y llegando á Madrid á pedir limosna la que creia venir á ser la admiracion general por su lujo y sus grandezas.

Y todavía era mayor el infortunio de la triste madre.

Su hijo era sordo-mudo.

La infeliz nada podia esperar de su hijo, ni siquiera el consuelo de una palabra de cariño filial.

Y estaba resignada, sometida á la infalible justicia de la Providencia.

Magdalena se habia salvado; habia comprendido cuán miserable es la vanidad humana, habia conocido su funesto error, y habia vuelto los ojos á Dios, á quien tenia por cierto muy olvidado, dominada como estuvo por la deleznable pasion.

Habia rezado, habia rogado á Dios por Fernando, y habia recibido, rezando, un gran consuelo.

—¿Cómo, Dios mio, decia, he podido estar tanto tiempo sin rezar?...

Fernando iba mejorando muy lentamente.

Llegó un dia dichoso para Magdalena y para los pobres, en que los médicos declararon que el herido estaba fuera de peligro.

Los pobres se contuvieron por consideracion al herido , pero no dejó de costarles trabajo ; ellos hubieran querido gritar, reirse , alegrarse , en fin , alegrarse ruidosamente.

Magdalena fué á su casa un momento aquel dia, y suplicó á la marquesa le entregase unos diez ó doce mil reales en billetes que le habia dado á guardar.

—¿Qué vas á hacer? le preguntó la marquesa.

—¿Qué he de hacer?... Dárselos á los pobres.

La marquesa tiró del cajon aprestadamente, porque en la sala estaban esperándola los marqueses de la Azucena con su hija la feita, y dijo á Magdalena:

—Cógelos; ahí están.

Y se fué á hacer la visita.

Magdalena cogio diez billetes de mil reales, y vió entre ellos un papel escrito.

Fijó la vista en las letras, y, ¡ oh, sorpresa! allí decia lo mismo que en la carta anónima en que se le hablaba de las riquezas de Fernando...

El papel estaba escrito por la marquesa.

Magdalena cerró el cajon y guardó el papel.

La marquesa, tan astuta, habia tenido la inadvertencia de no inutilizar aquel papel, y ella misma, por providencial olvido, le ponía en manos de Magdalena.

Esta volvió á casa de Fernando, suplicó á Perico que le cambiase aquellos billetes, y todo lo repartió entre los pobres.

XXV

La marquesa y Rosalía, y Fernando y Magdalena. —

La marquesa del Rosal se ha tomado mucho interés por Fernando, y ha ido varias veces á acompañar á Magdalena, y áun me parece que no la calumnio si digo que sus visitas á la casa donde se hallaba Fernando tenían por objeto principal ver al Creso de la calle de Segovia, al simpático primo Perico. —

Pero este está desconocido; ya no es el hombrecillo jovial, alegre, atrevidillo, gracioso, á su modo, que era ántes, ya no habla con tan afable franqueza á su prima, y sobre todo no le dirige ningun requiebro.

Perico está muy preocupado de la salud de Fernando, y se presenta serio, grave, y apénas habla á la marquesa y á Magdalena.

Aquella está cada vez más impaciente, y teme que

se le escape el bueno de Perico, cuando ya mucha gente creía que los primos se casarían, y no pocas señoras envidiaban anticipadamente la buena fortuna de la del Rosal.

Perico se ha encerrado en la mayor reserva.

Sólo se ocupa en cuidar del enfermo.

Un día la marquesa, que acecha la ocasión de hablar con Perico, le encuentra algo ménos preocupado, y le dice:

—Te felicito por el buen estado de tu secretario.

—Admito la felicitación, porque, en efecto, no puede haber nada tan satisfactorio para mí.

—Mucho le estimas.

—¿Estimarle?... No, le adoro y le respeto, y si él hubiera muerto, habría sido capaz de matarme.

—Es singular que hagas tan alto aprecio de Fernando.

—¿Singular? Pues yo creo que es la cosa más natural del mundo.

—Debe haberte prestado grandes servicios...

—Más de lo que se cree. Día llegará en que todo se sepa.

—Y, sin embargo, tú has tenido tus intenciones de pagarle muy mal.

—¿Cómo?...

—Has intentado quitarle á Magdalena.

—¡Ah! ¿te parece eso?

—No lo negarás; pero hablemos de otra cosa. ¿Qué se sabe acerca del atentado de que fué víctima Fernando?... ¿Quién era el asesino?...

—Un infeliz á quien Fernando no quiso favorecer, porque tenia de él malisimos informes.

—Bien callado tenias que acostumbrabas hacer tantas limosnas.

—¿Yo?...

—Me parece que Fernando iria á hacerlas por encargo tuyo, porque á él no creo que su fortuna le permita hacerlas.

—Prima mia, Fernando repartia á los pobres una parte de lo que tiene; él no es pobre, y no sé por qué se le llama pobre.

—Hijo, aquí ya es pobre todo el que tiene lo preciso ó algo más para vivir. ¿Y tú sabias que hacía esas limosnas?...

—Sí, lo sabia todo, y no esperaba yo que fuese asesinado precisamente cuando se dedicaba á hacer buenas obras. Pero él me llama...

—Ve á su lado; yo me retiro. Dile lo mucho que me he interesado por su salud.

—Hoy va á ver á Magdalena; será una gran alegría para él.

—Ya lo creo.

—La marquesa se retira despechada y llena de inquietud porque Perico no se explica.

—Aquí hay algun misterio, piensa la marquesa.

De vuelta en su casa, encuentra á Rosalía, la hija de los marqueses de la Azucena, que todos los dias va allí á saber cómo sigue Fernando.

Magdalena, que ha recibido á Rosalía mientras su tia estaba en la casa de enfrente, deja con la mar-

quesa á la fea, y se prepara á acudir á la entrevista con Fernando.

—¿Cómo está Fernando? pregunta Rosalía á la marquesa.

—Está mejor y fuera de cuidado. Mucho te interesas por él.

La marquesa habia conocido muy jóven, casi niña, á Rosalía, y la tuteaba.

—¡Oh! ¡mucho! exclama con vehemencia la jóven. Si yo pudiera verle...

—¿Qué dirian tus papás?...

—Pues Magdalena va á verle.

—Magdalena es su prometida y será su esposa.

Los ojillos de Rosalía brillan con una llama siniestra; el odio se asoma á aquellos ojos y les da un tinte de singular ferocidad.

—¡Oh! ¡su esposa Magdalena!...

—Sí, ¿qué te asombra?

—Nada, porque mi desventura no me debe asombrar. Nací con maldita estrella.

—¿Cómo? ¿Amas á Fernando?...

—Le amo... ó le aborrezco... porque en su mano está mi felicidad, y él no la hará, no. Hará la de Magdalena, que ya es bastante venturosa con ser hermosa. ¡Oh! ¡comprendo ahora que haya mujeres que arrojen al rostro de una rival afortunada una de esas terribles sustancias que desfiguran la hermosura, que estampan de pronto el horror de la fealdad allí donde ántes brillaban todas las perfecciones!

—Muchacha, ¿qué ideas son esas?

—Estas son las ideas de quien se contempla condenada al infernal suplicio de ver satisfechas todas las vanidades ménos la suya.

—Tú tan rica...

—¡Malditas sean mis riquezas, y maldita la hora menguada en que vine al mundo!...

—Rosalia, por Dios, cálmate.

—Sí, ¿á qué he de hablar de esto?... ¿para qué he de decir lo que siento si nadie me comprende, si nadie se interesa por mí, si nadie me consuela, si nadie en el mundo sufre lo que yo sufro?... ¡V. no puede imaginarse qué horrible vida es la mia!... Ese hombre me habló unos momentos en el baile de su primo de V., me habló como hubiera hablado á una mujer hermosa... vi en los ojos de Magdalena cierto desden, vi el asombro en otros semblantes, en otros la más cruel ironía.. y me volví loca de amor por ese hombre, y de odio á todas las mujeres... Si le hubieran muerto, estaria más tranquila; no podria hacer feliz á otra mujer.

—Niña, esas ideas son infernales.

—¿Y niego yo que lo sean?...

—Felizmente para tí, pronto te llevarán tus padres á Puerto-Rico, donde está concertado tu enlace con una persona inmensamente rica.

—¡Oh! no llegaré yo á Puerto-Rico.

—¿Por qué?

—Porque he decidido no casarme con el que mis padres me destinan.

La doncella entra á decir que el coche de la seño-

rita Rosalía ha vuelto á buscarla, y Rosalía se despi-
de de la marquesa dejando á esta grandemente sor-
prendida de lo que le ha contado la pobre fea, y com-
padeciéndola, porque comprende las terribles amar-
guras, los agudos dolores que sufre.

Entre tanto, Magdalena ha logrado de los médi-
cos permiso para pasar media hora al lado de Fer-
nando.

Este ha podido incorporarse y sentarse en la cama.

Perico le ha hecho con almohadas un cómodo res-
paldo donde apoyarse; le ha arreglado la cama tan
bien y con más cuidado que podría hacerlo la más
servicial y práctica enfermera, y luego le ha besado
la mano con el mayor respeto y la más profunda
emocion; emocion que se manifiesta en dos lágrimas
que Perico se apresura á enjugarse cuando sale de la
estancia del enfermo á decir á Magdalena que puede
pasar.

Magdalena entra muy conmovida, y no puede
contener el llanto cuando Fernando le tiende la mano.

Abandona la suya á Fernando, que se la lleva á
sus labios, é imprime en ella un beso casto como el
de un niño.

—Creí no verte más, alma mia, dice Fernando con
voz débil.

—Yo tambien lo creí, Fernando.

—Dios ha tenido piedad de mí.

—Sí, Dios. Yo he rezado mucho estos dias, y la
oracion me ha dado gran consuelo.

—¡Pobre Magdalena! este accidente ha venido á

retardar nuestra felicidad. ¿Y sabes algo de aquel infeliz que me asestó la puñalada?... Yo he preguntado á los médicos, á Perico, y nadie me dice nada, nadie me quiere hablar de él. ¡Cuánto sufrirá el pobre!...

—¿Le compadeces?

—¡Oh! ¡sí! es mi hermano, y anhelo ponerme bueno para ir á verle.

—¡Tú!... ¿A un asesino?

—Sí; para ir á llevarle el mayor consuelo, el de mi perdon, y el mayor castigo, el de que vea que yo no le odio, que no le guardo rencor.

—Esas ideas no son de un hombre, Fernando, son de un santo.

—¡Oh! no, ¿qué tienen de particular?... Estas ideas son hijas de mi experiencia, de mi conocimiento del mundo. Yo sabia que ese hombre era malo, pero no creí que atentara á mi vida. No le queria socorrer porque suponía que mi severidad le estimularia á trabajar para captarse mi simpatía, pero me equivoqué... Y acaso aquella noche le hablé, cuando se acercó á pedirme, con demasiada acritud; acaso estuve con él poco afable... He pensado mucho en esto en los dias de silencio que he pasado aquí...

—¡Jesus! Fernando, no te preocupes de ese hombre...

—Es verdad; hablemos de otra cosa. ¿Y la marquesa?...

—Ha venido á preguntar por tí muchas veces.

—¿Y has visto á mis pobres?...

—Sí, en el patio se pasan las horas muertas, y

Perico ha dispuesto que se les dé comida todos los días.

—Bien hecho; mucho se lo agradezco. Mira tú, en el agradecimiento de esos pobres encuentro yo la mejor compensacion del odio de mi agresor. Y quiero que hagais una cosa.

—¿Cuál?

—Que luego dejeis entrar aquí á verme á cuatro ó seis, y mañana á otros tantos. Ellos vienen á verme, ¿por qué no me han de ver?...

—Se hará lo que tú quieras.

—¿Quién me habia de decir que habia de tardar tanto en trasladarme contigo á la casita que he tomado en el barrio de Salamanca?...

—Dios querrá que pronto estés bueno.

—Así lo espero. ¿Me amas mucho, Magdalena?

—Te amo y te admiro.

—¿Serás feliz conmigo?

—¡Oh! sí, ¡seria muy feliz!...

—¿Seria?... Seré debes decir.

—¡Oh! yo no merezco...

—¿Qué dices?...

—Nada, Fernando. No es ocasion todavía de que sepas...

—¿Qué?...

—Nada, no te alarmes. Ahora hay que procurar que te pongas bueno; luego habrá tiempo de que hablemos de nuestro amor, de todo...

—¿De todo?...

—Fernando, no diré una palabra más.

—¡Dios mio!... ¿No me amas?... ¿Quieres otra vez aplazar nuestro enlace?...

—No, no, Fernando... quiero ser digna de tí.

Uno de los médicos que asisten al herido entra á verle, y le halla un poco agitado.

Sabiendo, como sabe, que Magdalena es su prometida, no le cuesta gran trabajo comprender la causa de aquella agitacion, y suplica discretamente á la huérfana que le deje reposar.

Magdalena sale de la habitacion, y el médico ruega á Fernando que no tenga largas conversaciones con nadie, porque aún no se lo permite su estado.

A Perico le da la misma consigna, y Perico le dice:

—No tenga V. cuidado; ahí no va á entrar una mosca hasta que esté bueno. ¡A ver si me lo van á matar!...

Magdalena estaba poco despues en el oratorio de la casa de Perico prosternada delante de una bella imágen de la Virgen, y decia:

—¡Madre mia!... ¡perdóname, y hazme digna de ese hombre, que es el mejor de los hombres!

XXXVI

El gran banquete que dió á Perico la vizcondesa del Tronco.

Fernando, pasados algunos dias, mejoró notablemente y pudo dejar el lecho.

Habia quedado muy pálido y bastante más delgado.

En su rostro habia un tinte de dulce melancolía que aumentaba su varonil hermosura.

Los médicos le aconsejaron que aplazara su proyectado matrimonio por algunos meses, y que estos meses los pasara en Cádiz, cuyas condiciones climatológicas le serian muy favorables.

Fernando no recibió esta prescripcion médica muy bien, pero Magdalena le decidió.

Lo primero era que recobrase por completo la salud.

La marquesa, temiendo que con él se fuera su pri-

mo Perico, y no interesándole mucho que digamos la salud de Fernando, procuró inclinar á su sobrina á que se opusiera á aquel viaje, pero Magdalena no hacia ya gran caso de los consejos de su tia, desde que habia hallado el original de la carta anónima, señal evidente de la deslealtad y doblez de la marquesa.

Esta no tuvo al fin el disgusto que esperaba.

Perico se quedó en Madrid.

El hubiera querido acompañar á Fernando, pero este se opuso, y significó su deseo de que le acompañara únicamente uno de los criados ingleses, el que más afecto le profesaba.

Fernando partió, dejando encargado á Magdalena que cuidara de sus pobres, á cuyo efecto le entregó las señas de las habitaciones que ocupaban varias familias desgraciadas á las que acostumbraba socorrer, y una cantidad para que entre ellas la fuera distribuyendo.

—Poco es, le dijo, pero ya querrá Dios que tengamos algo más.

Ausente y restablecido Fernando, Perico volvió á darse á luz, á frecuentar los paseos, á pasear por la Castellana tendido en un hermoso carruaje, y á hacer, en fin, la vida de príncipe que tan alto lugar le habia proporcionado en la buena sociedad.

La marquesa volvió tambien á presentarse en la Castellana, procurando el cochero, por orden suya, que su carruaje fuera cerca del de Perico, sin duda para que este, viéndola tanto, acabase de persuadir-

se de que era preciso estrechar las distancias, casándose con ella.

Y en verdad que este afan de pescar á Perico estaba poniendo en grave aprieto á la marquesa, que en trajes y sombreros, y moños y zarandajas, gastaba mucho más de lo que podia, pues ya creo haber dicho que el marqués del Rosal no le dejó mucho para tirar de largo.

La marquesa se veia apuradilla para mantener todo aquel lujo que era preciso aparentar á fin de que no fuese á creer Perico que su afan era casarse con él por el fortunon que poseia, y no por otra cosa.

La vizcondesa del Tronco, que estaba en el secreto, y sabia los apuros que pasaba la marquesa para sostener la apariencia de una riqueza que no existia, creyó que era llegado el momento de apresurar el desenlace de la comedia casando á los dos primos, lo mismo que sucede en tantas comedias.

Y un juéves recibió Perico un cartapacio que contenia una esquela en que la vizcondesa del Tronco invitaba á D. Pedro del Valle á comer en su casa el dia siguiente viérnes tantos de tal mes y de tal año á las dos en punto.

La vizcondesa no habia entrado en la moda francesa, y comia siempre á las dos.

—Ya pareció aquello, dijo Perico; pero iré; no puedo desairar á esa señora.

El dia siguiente, Perico se vistió de toda etiqueta y se dirigió á la una y media á casa de la ilustre dama, que le recibió con mucha amabilidad, y habló

con él largamente del atentado de que habia sido víctima Fernando,

—Ha sido una temeridad, dijo, ir á meterse entre aquella gentuza de los barrios bajos. Y la fortuna fué que V. tuvo el buen acuerdo de enviar á su secretario á distribuir las limosnas, porque supongo que las haria en su nombre, porque si hubiera V. mismo ido á hacer esas obras, á V. le habria ocurrido el percance.

—Señora, está V. en un error, Fernando no hacia limosnas por mi cuenta, sino por la suya.

—¡ Ah ! yo no creí que ese singular secretario tuviera para hacer limosnas.

—Sí, señora, la buena voluntad hace milagros.

—En fin, no le alabo el gusto de ir á visitar por dioseros. Yo doy tambien limosnas, pero á las sociedades filantrópicas que existen en Madrid.

—Fernando dice que la filantropía y la caridad son cosas muy distintas.

—Ese jóven debe tener ideas muy extravagantes. ¡ Ah ! ya tenemos aquí á la marquesita, añadió la del Tronco, oyendo sonar la campana del portal, que sonaba siempre que llegaba una visita. He querido dar á V. una agradable sorpresa, y he invitado á mi amada marquesa.

—En efecto, me es muy satisfactorio ver aquí á mi amable prima.

Y entró la marquesa hecha lo que se llama un brazo de mar.

Habia echado el resto en el aderezo y compostura de su persona.

Traia un precioso vestido de raso de color de rosa adornado elegantemente con finísimos encajes, y escotado de tal manera, que Perico no pudo ménos de admirar los hombros magníficos de irreprochable estructura de su querida prima, y dos lunares graciosísimos que tenia la pícara, y otras perfecciones que son más para vistas y admiradas de cerca que para descritas.

Sus brazos desnudos habrían vuelto loco al más hábil escultor, y su hermosa garganta, rodeada de perlas, hubiera avergonzado á la misma Vénus, si esta señora mitológica hubiese tenido vergüenza.

—Hija mia, exclamó la del Tronco, pareces una reina.

Y no pudo ménos de afirmarse en su creencia de que Catalina Lopez era fruto de un amor augusto, si así puede decirse.

—V. siempre me ve con ojos de verdadero amor, replicó modestamente la interesante jamona.

—Pues aquí está tu primo que dirá...

—¿Qué ha de decir?... Mi primo, sobre ser muy galante con las damas, á mí me juzga con especial benevolencia.

—La señora vizcondesa tiene razon, dice Perico, estás encantadora, y no hay en Madrid quien te supere en hermosura y distincion.

—¿Ni mi sobrina Magdalena? pregunta con intencion Catalina.

—No hay comparacion entre las dos. Tu sobrina es bella, ¿quién lo duda? pero no tieno esa hermosu-

ra brillante, esplendorosa... Ella es la luna , y tú el sol.

—Vamos, vamos, niños, exclama la vizcondesa, como si los primos no tuvieran ya más de ochenta años entre los dos, no vayan Vds. á olvidarse de que estoy yo aquí.

En la puerta del salon aparece un lacayo vestido de amarillo, que dice:

—La señora está servida.

—A la mesa, pues, amigos míos.

Y la vizcondesa toma el brazo de Perico y se dirige majestuosamente al comedor.

—Advierto á Vds., dice, que hoy es viérnes.

—A mí no me importa, observa Perico ; yo no tengo esas preocupaciones de que el viérnes es dia aciago, y el trece funesto...

—No, no digo eso ; digo que en mi casa se come de viérnes todos los viérnes del año.

La vizcondesa bendice la mesa y reza una oracion que su sobrina repite con la mayor humildad y con aparente fervor. Perico murmura no sé qué entre dientes.

—Caballero, le dice la vizcondesa, bien se conoce que es V. un hombre del dia y que ha viajado por esos paises de herejes.

—Señora , replica Perico , la verdad es que yo no soy muy fuerte en oraciones... Se hace costumbre de no rezar, y se olvidan...

—Mi amiga Catalina tiene que emprender la conversion de V...

Y empiezan los criados á servir la comida.

El primer plato es un potaje de lentejas, que la vizcondesa recomienda á Perico y Catalina.

—Estas lentejas, dice, me las traen á mí expresamente, y no las come nadie en Madrid.

Catalina hace gran elogio de las lentejas, y Perico todo lo que puede hacer es comerlas en silencio.

—Si no fuera por quitarle á V. la gana de comer lo demas, le diria que repitiese.

—No, no señora, muchas gracias.

Y aparece sobre la mesa un plato de judías blancas cocidas.

—Ahora van Vds. á comer una cosa de gusto. De Zamora me las traen á mí para todo el año.

—¡Oh! es un plato delicioso, exclama Catalina.

—¡Caramba! piensa Perico, ¡qué gusto tan raro tiene esta gente!

—¿No me dice V. nada de las judías? pregunta la señora de la casa.

—Nada, no sé nada de ellas.

—Pero, ¿no le gustan á V.?... Tome V. más.

—Gracias, gracias.

—Están riquísimas, observa Catalina.

A Perico le parece que están duras y desabridas, pero no se atreve á decir su parecer.

Despues de las judías sirve el criado una fuente de espinacas con unas pasas intercaladas en el texto.

—Este es mi plato favorito, dice la vizcondesa. La espinaca es cosa muy sana.

—Yo prefiero espinacas á jamon, añade Catalina.

—Yo no, exclama Perico sin poder contenerse.

—Comer, añade la del Tronco, es, si bien se considera, una cosa grosera... aunque sea fatalmente necesaria para vivir. Las personas verdaderamente superiores dan, amigo mio, muy poca importancia á la comida, y comen con preferencia verduras y legumbres como en los tiempos primitivos, cuando no dominaban en el mundo la sensualidad y los groseros apetitos.

—Sí, señora, sí; todo eso está muy bien, y es muy elevado y místico; pero crea V. que el jamon es una cosa muy buena, y las chuletas bien empanadas están diciendo ¡comedme! y un plato de riñones bien salteados...

—¡Jesus, Jesus! ¡qué ideas!... Aparte de muchas elevadas consideraciones, crea V. que nada hay tan sano como lo que se le presenta á V. en mi mesa.

—No lo dudo; pero será que yo esté mal acostumbrado.

—En fin, ahora podrá V. comer á su gusto.

Y en efecto, presentan en la mesa una fuente de patatas cocidas con perejil, un poquito de cebolleta y dos pedacitos de huevo.

—Vamos, añade la vizcondesa; no dirá V. que este plato no es propio de un gastrónomo.

Perico no quiere continuar discutiendo con la vizcondesa, y se sirve dos trozos de patata, y los aliña con aceite y vinagre para que parezcan otra cosa. Pero está deseando que se acabe el banquete, y se promete comerse en Fornos á las seis un cubierto.

El banquete acaba con unas pasas, unos bollos hechos con aceite, y una ensalada de berros.

La vizcondesa se levanta muy satisfecha, como si hubiera comido un pavo, y lo mismo aparenta Catalina, que es en todo el reflejo de su amiga y protectora.

Vuelven á rezar las dos señoras, y Perico murmura como ántes, y siente que el banquete le ha abierto grandemente las ganas de comer.

Pero todavía se le sirve una taza de té, muy clarito, porque si está cargado es muy ardiente, en concepto de la vizcondesa.

—Ahora vamos á hablar aquí, dice la vizcondesa, como buenos amigos.

—Ya pareció el peine, piensa Perico.

—He querido reunir á Vds. porque he supuesto que les seria agradable hallarse juntos, y porque yo me he propuesto hacer la felicidad de entrambos.

La marquesa, la muy pícara, baja los ojos con mucha coquetería, y murmura:

—¡Por Dios, señora!...

—Tu primo está enamorado de tí, continúa valientemente la vizcondesa; él mismo me lo ha dicho, ¿no es verdad, amigo mio?

—Es verdad; ¿cómo he de desmentir yo á una dama á quien tanto respeto?

—Ya lo oyes, sobrina; ya no puedes dudar, ya no puedes aducir razon alguna para negarte á hacer la ventura de tu primo. Sepa V. que esta niña me habia prohibido absolutamente dar á V. la más leve espe-

ranza... pero como yo sé lo que pasa en su corazón, como sé lo que pasa en el de V., como sé, por último, que no serán Vds. felices si no se unen en santo matrimonio, he querido que aquí, esta tarde, quede concertado este matrimonio.

—¡Por Dios, señora! vuelve á decir turbada la viuda ladina, que sabe más que Brijan.

—Vamos, diré á Perico que tienes escrúpulos porque no quieres que se te atribuyan miras interesadas.

—¡Oh! ¿quién habia de suponer eso?... exclama Perico.

—La calumnia á nadie perdona, primo mio, añade Catalina, disparando contra Perico la terrible batería de sus ojos.

—¡Vaya, vaya! Nadie dirá, observa la vizcondesa, otra cosa sino que el Sr. D. Pedro ha tenido muy buen gusto casándose con la más hermosa dama de la corte, y que la marquesa del Rosal es la más digna de unirse á un hombre como D. Pedro... Casada con un rey ó con un príncipe heredero deberias estar, si la fatalidad no lo hubiese dispuesto de otro modo.

—Me avergüenza V., señora, con su bondad.

—Conque, Sr. D. Pedro, es preciso que se disponga esta boda.

—Bien; si mi prima consiente.

—¡Yo!... pero así tan de repente... Es preciso pensar, meditar... Es un paso muy grave... y aunque uno y otro sintamos verdadero amor...

Y dispara otra descarga eléctrica en una mirada á Perico.

—No podemos, continúa, hacer las cosas con el apresuramiento y la irreflexion de los muchachos.

—¡Vaya! Todo eso es hablar por hablar, Catalina. Tu primo está enamorado de tí, y tú encuentras agradable ese amor y le correspondes. Eso es lo principal. Procede, pues, que se verifique vuestro enlace, y que se anuncie oficialmente.

—¿En la *Gaceta*?... pregunta Perico.

—Oiga V., así debia anunciarse, si Catalina ocupase el rango que por su nacimiento le corresponde.

La buena señora no pierde la absurda idea que se ha formado á su gusto acerca del verdadero origen de Catalina.

Catalina, al fin, consiente, cediendo á las instancias de su protectora la vizcondesa, y queda concertado el enlace de los primos.

—Es inútil, dice la vizcondesa, que hablemos de otros intereses que el del corazon; en cuanto á intereses, Vds. nada tienen que decirse, ¿no es verdad?...

—Sí, no será malo que la marquesa sepa...

—Nada, no necesita saber nada, ni le importa que V. tenga más ó menos fortuna.

—¡Ah! Bien.

—Los caractéres nobles y elevados como el suyo no se preocupan de esas miserias.

—Dice V. muy bien, señora, observa Catalina.

Ella le quiere á V. por V., no por su dinero, dice la noble vieja al bueno de Perico.

—No supongo yo otra cosa, replica éste.

Dos dias despues anunciaba un revistero de salo-

nes en un artículo de su especialidad, que entre las bodas en proyecto se contaba la del opulento D. Pedro del Valle con una hermosísima y distinguida viuda, prima suya, y con este motivo hacia de los dos un hiperbólico elogio.

Y la marquesa exclamaba, llena de gozo.

—¡Triunfé! ¡Perico es mio!...

Y gozaba ya de su triunfo, comprendiendo cuánto la envidiarían las cuatro ó seis docenas de solteras ó viudas que se hubieran casado de buena gana con el afortunado millonario.

XXVII

Cómo Magdalena vió en lo que suele venir á parar la vanidad.

Magdalena, acompañada de Juan, el portero de la casa de la marquesa, sale hace dias muy temprano todas las mañanas.

Va Magdalena humildemente vestida, con el velo echado, como si no quisiera hacer alarde de su hermosura, va á cumplir el encargo que le dió Fernando al partir, á visitar á las pobres familias que su pro-

metido tenia costumbre de socorrer y cuyas señas le ha dejado.

Magdalena halla gran encanto en esta ocupacion.

—Era éste, se dice, un placer que yo desconocia, el más puro y legítimo de los placeres.

—Sigámosla.

—Vamos hoy, dice á Juan, á la calle del Meson de Paredes. V. sabrá á esa calle.

—Señorita, á ciegas podria ir; en esa calle conocí yo á mi mujer; nunca la hubiera conocido.

—Pero, ¿qué le ha hecho á V. su mujer, que siempre se está V. lamentando?...

—Señorita, yo la quisiera ver á V. casada con una mujer como la mia,...

—¡Qué disparate!

—¡Digo! casada con un hombre como mi mujer...

—¡Jesus!... pues lo va V. enmendando.

—Mire V., señorita, cómo la mira á V. aquel caballero del gaban blanco... Y eso que lleva V. la cara tapada, que si la llevase V. descubierta, no habia un hombre que no se viniera detras de nosotros.

—Bueno, bueno; no mire V., hombre.

—¿Quiere V. que le diga algo?...

—¡Hombre! No.

—Pues detras se viene.

—Bueno, déjele V.

—Si le incomoda á V., mire V. que me vuelvo y le pego.

—Por María Santísima, cállese V., y no mire ni pegue á nadie.

—Esta es la calle del Meson de Paredes.

—Vamos al número 120.

—Pues ese caballero se conoce que tambien va allí.

—Si vuelve V. la cabeza otra vez, no me acompañará V. otro dia.

—Perdone V., señorita, ya no la volveré, aunque venga detras de mí un toro de cuatro años.

—Esta es la casa: subamos.

Magdalena, seguida de Juan, sube á la mezquina habitacion, donde está aquella enferma á quien Fernando visitó, como dije en el capítulo xvi de este libro.

La enferma no está mucho mejor; tiene una enfermedad que no se cura, y la pobre mujer morirá irremisiblemente.

Magdalena entra y se descubre el rostro.

—¡Ah! exclama la enferma, sorprendida al ver tan peregrina hermosura.

—¿Cómo se siente V., señora?...

—Mal, muy mal. La vida me abandona, pero estoy tranquila, resignada.

—Vengo á dar á V. una cantidad...

—Señora, ¿es V. acaso Magdalena?

—¿Cómo sabe V.?...

—Usted me socorre hace mucho tiempo. Dios le pague á V. tantos beneficios.

—¿Yo?...

—Sí, señora; el caballero que ha venido varias veces á socorrerme ha dicho siempre que venia en

nombre de Magdalena, y yo no hago otra cosa que pedir á Dios que conceda á Magdalena todas las venturas sobre la tierra.

—¿Le ha dicho á V. mi nombre?... ¡Oh! ¡Fernando mio!...

—¿Es hermano de V., señora?...

—No, es mi prometido.

—¡Ah! dichosa V., señora, que va á tener tan digno esposo. Esa felicidad no es comparable con ninguna.

—¿Usted es viuda?...

—No, señora, no; soy casada, pero mi marido me ha abandonado. Yo tambien era bella, decian que lo era, aunque nunca lo he sido tanto como V., y me casé por codicia, porque era muy rico, con un hombre que luego me abandonó... El sigue siendo rico, derrocha su gran caudal con otras mujeres, y yo me muero aquí, abandonada de todos, ménos de Magdalena. Permítame V. que bese esa mano bienhechora,

—No, yo no soy digna de ese agradecimiento, que sólo debe V. á Fernando, á mi prometido.

—Vea V., señora, cómo Dios ha castigado mi vanidad. No me bastaba mi belleza; creia que siendo pobre estaba humillada, y no ocupaba el lugar que me correspondia por mi hermosura, y vea V. en qué han venido á parar mi hermosura y mi vanidad.

—¿Cuánto compadezco á V., señora!...

—Yo queria excitar la envidia de todas, y he venido á excitar únicamente la compasion de las buenas almas, como V. y su prometido.

Magdalena sale de aquella casa muy conmovida,

y Juan, que ha presenciado la escena, sale llorando.

—Esto habia de ver mi mujer, dice el portero, gí-moteando.

Desde la calle del Meson de Paredes se dirige Magdalena á la de Fúcar.

Es en un cuarto bajo interior, donde vive un matrimonio con cuatro hijos; el esposo ocupó varios empleos con notoria honradez; pero como esta sola cualidad no es ciertamente gran recomendacion en tiempos en que sólo es mérito haber sido conspirador y bullanguero, está cesante, y en la miseria. Su mujer está enferma; sus hijos desnudos; él no encuentra medios de trabajar. Un dia, desesperado ya, pidió trabajo en una obra; le dieron una espuerta para acarrear piedras, y el infeliz, al tercer viaje, cayó con un accidente; desde la obra le llevaron al hospital, y... en fin, el pobre hombre ha vuelto á su casa á morir con su familia. Fernando supo su infortunio, y desde entonces ha mejorado la situacion de la triste familia; á lo ménos ninguno se morirá de hambre.

Pero fué herido Fernando, y han pasado algun tiempo sin saber nada de su protector... Ya se les habian concluido los recursos, cuando Magdalena llega á entregar al atribulado padre mil reales.

—¿Usted es Magdalena? dijo la madre de familia.

—¿Tambien V. sabe mi nombre?...

—Sí, señora; el caballero que nos trajo algun socorro varias veces nos dijo que era enviado por una persona, de la que sólo podia decir el nombre, y este nombre es Magdalena.

—Dios hará á V. dichosa, señora, añade el cesante.

—Nosotros, dice una hermosa niña de cabellos de oro, señalando á sus tres hermanitos que duermen abrazados sobre un jergon, todas las noches rezamos por Magdalena.

Esta no puede contener las lágrimas, y el portero Juan solloza murmurando:

—¡Qué lástima que no vea esto mi mujer!...

El desventurado cesante suplica á Magdalena que le recomiende á alguna persona que necesite un escribiente ó administrador, porque le avergüenza vivir de la limosna.

—Yo no tengo pretensiones, añade, con ganar para traer pan á mi mujer y á mis hijos, tengo bastante. No tengo vanidad tampoco, aunque en otro tiempo la tuve. Dos meses fui gobernador de una provincia, y V. no puede figurarse qué orgulloso estaba yo con mi posicion. ¡Ya creí que estaba asegurada mi suerte!... ¡Miserable vanidad!

Magdalena visita luego á una pobre madre que tiene una hija loca, pero su locura es inofensiva.

Se cree una grau señora, y todo el dia está poniéndose rizos de papel, y de una colcha vieja hace un manto, y se lo pone diciendo que va al besamanos, y habla sin cesar de sus coches, de sus palcos en los teatros, de su primo el duque, de su tio el príncipe... y luego cae en la más profunda melancolía, y se pasa horas enteras llorando porque la marquesa llevaba un vestido mejor que el suyo, porque la duquesa ha estrenado un aderezo, porque la baronesa

se ha estucado el rostro y está muy bonita. Y no duerme por las noches; sentada en la cama las pasa, figurando una conversacion con todos los personajes más elevados, y se imagina que le dicen muchas frases galantes, y canta, y rie... y mata así á la triste madre, que sufre una agonía incomparable viendo y oyendo á su pobre hija, cuya locura tuvo origen en la maldad de un infame seductor, un hombre de gran posicion, que le hizo creer que se iba á casar con ella, y la abandonó luego deshonrada, perdida.

Tambien aquella madre conoce ya el nombre de Magdalena. La loca se ha levantado á estrechar la mano de Magdalena, y le suplica que pase al salon, ¡en una guardilla! y le pregunta por el duque, y si ha ido á palacio á ver á los reyes, y si estos han preguntado por ella...

Magdalena no habia visto nunca un sér privado de razon, y causa en ella gran impresion el triste espectáculo que ofrece la infeliz demente.

El portero, á quien la loca ha llamado conde de no sé qué, murmura, al mismo tiempo que vuelven á asomar las lágrimas á sus ojos:

—Así, así habia de verse mi mujer para que viera lo que es bueno.

Es tarde, y ya no podrá hacer más que otra visita Magdalena, dejando las demas para otro dia.

Diríjese á la calle del Acuerdo á una pobrísima habitacion, donde vive una señora muy desgraciada. Hija de una honrada y bien acomodada familia, entregó su mano á un hombre jóven é inteligente, pero

dominado por la más exagerada vanidad. Han pasado seis años desde su matrimonio, y los cinco primeros han vivido los esposos en la mayor holgura, han viajado por el extranjero, han tenido carruaje, han hecho en fin gran papel en todas partes; pero toda la grandeza se disipó como el humo hace un año, cuando el esposo, director de una sociedad de crédito, fué llevado al Saladero, donde sigue, convicto de innumerables estafas, y de haber sumido en la miseria á gran número de familias. Ya está sentenciado á presidio por largo tiempo. En la ruina del esposo se ha perdido tambien la fortuna de la esposa, condenada para siempre á la vergüenza y á la miseria.

—Así habia de verse mi mujer, murmura bárbaramente el portero, oyendo la triste historia de la mujer del preso.

Magdalena vuelve á su casa fuertemente impresionada, y se encierra en su cuarto, y escribe á Fernando la carta que verá la lectora en el siguiente capítulo.

La marquesa del Rosal no se preocupa ya de su sobrina para nada. Tiene bastante con la agradable preocupacion de su próximo enlace con Perico, que ya cuenta como cosa completamente segura.

¡Qué rabia le van á tener todas!... Esta es la idea que halaga á la marquesa del Rosal, que no hubiera perdido nada con no conocer en su vida á su primo Perico.

XXVIII

Cartas necesarias para el desenlace de la presente historia.

—

MAGDALENA Á FERNANDO.

«Amado Fernando: Me dices en tu última carta, tan grata para mí, que me exiges te explique por qué uno de los días en que estabas postrado en el lecho, ya convaleciendo de tu herida, te dije que no era digna de tí.

»Mi deber y mi deseo son también satisfacerte en este punto, y voy á darte la explicacion de aquellas palabras salidas de mi corazon, ó, mejor dicho, de mi conciencia.

»Fernando, te dije que no merecia tu amor, y así es la verdad, no lo merezco.

»Tú sospechaste de mí y sospechaste con razon sobrada.

»Yo te amaba mucho, creia amarte mucho cuando vivíamos en casa de mis pobres padres, y tu aleja-

miento de aquella casa fué para mí una dolorosa prueba, á la que siguieron otras más duras, más crueles; perdí á mi madre y luego á mi padre.

»Quedé pobre, pobre yo que habia sido tan rica, en la apariencia á lo ménos, que no habia sabido nunca lo que era una contrariedad, que siempre habia visto satisfechos todos mis caprichos, que era, en fin, la más afortunada de Madrid. Entónces se despertó en mí poderosa la pasion de la vanidad, y todo mi afan fué salir de aquella situacion que juzgaba humillante para mí.

»¿ Vas comprendiendo ya, amado Fernando, con cuánta razon te dije que no era digna de tí?...

»No lo era, ni lo soy, Fernando.

»En tí cifré mi esperanza de volver á eclipsar á todas con mi lujo; y anhelante esperé tu regreso, deseando que volvieras rico.

»Por Dios te suplicó que domines la indignacion que se levantará en tu noble corazon leyendo estos renglones, y que no arrojes esta carta, despreciando á quien la ha escrito.

»Considera que cuando confieso mi error, es porque estoy arrepentida.

»Continúo mi confesion.

»Mi deseo, y un conjunto de circunstancias que me parecian casuales, me hicieron creer firmemente que volvias rico, y que ibas á sorprenderme ofreciendo á mis piés una riqueza enorme adquirida para mí.

»Mira, Fernando, ¡qué ruines pensamientos engendra la vanidad!

»Mi mano tiembla, mi rostro se enrojece de vergüenza escribiendo estas líneas, pero es preciso; yo seria mucho más despreciable si no te dijera la verdad, toda la verdad.

»Volviste tan amante como siempre, tan bueno como siempre, pero pobre, segun me dijiste; y yo, miserable, experimenté el más doloroso y cruel de los desengaños; y la maldita vanidad, mil veces maldita, cegó mi entendimiento, y ahogó en mi corazon todo sentimiento noble.

»Bien conociste que mi amor no era el que yo te habia ofrecido y tú merecias; ahora comprendo cuánto te he hecho sufrir con mi frialdad, con mi indiferencia á veces, con mi ruin vanidad, en fin.

»Contigo vino el primo de la marquesa, inmensamente rico, ostentando un lujo deslumbrador, una riqueza excepcional, una prodigalidad extraordinaria, y mi tia codició desde el primer momento toda esa riqueza, y á mí me pareció que se complacia en mi desengaño y en ver humillada mi vanidad, y que estaba decidida á satisfacer á todo trance la suya.

»Yo enloquecí.

»La envidia se apoderó de mí, Fernando amado.

»Tuve terribles horas de amargura y desesperacion, y ardió en mi alma el odio, y me sentí capaz de todo por satisfacer mi vanidad.

»En estos momentos en que las malas pasiones se agitaban en mí con fiera violencia, me escribió una carta de amor el primo de la marquesa; no contesté á su carta, no ha oído de mis labios la respuesta que

me pedia; Dios, sin duda, no permitió que yo hiciera esta última traición á tu amor; pero haber leído con cierta satisfaccion, con miserable orgullo, aquella carta, haberme complacido en ser preferida á mi tia... todo esto es bastante para que yo sea á tus ojos la más despreciable, la más ruin de las mujeres.

»¿No es verdad, Fernando?

»Pero, por Dios, calma, te digo otra vez, tu indignacion, y sigue leyendo hasta el fin.

»Mi tia conoció que estaba en peligro su vanidad, que acaso ya no podria adquirir, casándose con su primo, las riquezas que codiciaba, é imaginó dirigirme el infernal anónimo que te incluyo, y cuyo original, de letra de la marquesa, le encontrado providencialmente.

»Perdon, Fernando, perdon; creí lo que decia ese anónimo; eso mismo me lo habia figurado yo muchas veces, y ahora ya tengo evidencia de que la marquesa, creyendo inventar una mentira, una superchería, ha dicho en ese anónimo la verdad.

»Tú quisiste probar mi amor, y tan bueno, tan noble, tan grande, tan generoso eres, que, aunque hartas pruebas has tenido de mi torpe conducta, cuando me has visto más cariñosa, más expansiva, más apasionada, todo lo has olvidado y has creído noblemente en la sinceridad de mi amor.

»¿No es verdad?... Habrás dudado al principio, viendo un cambio tan repentino en mi conducta; pero el amor puro y verdadero que alentaba en tu corazón, —no me atrevo á decir que alienta todavía,—era

tan grande, y tan generoso, y tan confiado, que no podia concebir en mí tal perfidia, tal doblez.

»Fernando, perdon.

»La maldita vanidad me tenia ciega.

»Y tú mismo me has curado de esa miserable pasion.

»Durante los dias que estuviste entre la vida y la muerte, he visto acudir á tu casa á tantos infelices á quienes favorecias, y que iban allí apenados, ganosos de verte, bendiciendo tu nombre; y luego, cumpliendo el encargo que me diste de visitar á los pobres, he visto tales miserias, tales consecuencias de la vanidad, que ya, Fernando amado, he arrancado de mi alma esa fatal pasion, y para probarte cuán sincero es mi arrepentimiento, he querido hacerte esta confesion. ¿No es esta una prueba de que ya no tengo vanidad?...

»Yo no te amaba ántes; ahora es cuando te amo, cuando te adoro; ahora es cuando rebosa en mi alma el más apasionado y ardiente amor, ahora que tú debes despreciarme, debes juzgarme indigna de ser tu esposa.

»Esta es mi confesion.

»Júzgame y senténciame.

»Si me perdonas, seré tu esposa, á condicion de vivir modestamente, sin lujo, sin ostentacion; tus riquezas sean para los pobres; tú las estimas sólo porque con ellas puedes derramar el bien á manos llenas; ese es tambien mi deseo, hacer el bien que pueda. Ahora he conocido que ese es el placer más grato,

que esa debe ser la verdadera, la única vanidad de los ricos.

»Si crees que no debes perdonarme, como lo creo yo misma, que conozco toda la enormidad de mis errores, entónces no contestes á esta carta, y en el santo hospital hallaré, siendo hermana de la Caridad, medios de hacer el bien, y el perdon de Dios, á quien tanto he ofendido tambien.

»Diez dias esperaré tu respuesta.--*Tu Magdalena.*»

FERNANDO A MAGDALENA.

«Nuestro Señor Jesucristo perdonó desde la cruz á los que le odiaban y se complacian en su muerte. ¿Cómo yo no he de perdonar á la que me ama?... Te perdono y te amo.—*Tu Fernando.*»

PERICO A FERNANDO.

«Señor D. Fernando:

»Mi venerado bienhechor: La marquesa, mi prima, se empeña en casarse conmigo, por supuesto porque me cree millonario, y ya habrá V. leído en algun periódico noticias de este proyecto, que la marquesa y su amiga la vizcondesa del Tronco tienen, por lo visto, mucho interés en que se sepa. A mí me gusta mucho la marquesa, y me casaria con ella de buena gana, pero hágame V. el favor de decirme qué sucederá cuando sepa que no hay tales millones, y que si los hay no son míos...

»Dígame V. qué hago. Yo no hablo mientras usted no me levante la prohibición de hablar.

»Cúidese V. mucho, y tenga siempre por su más leal servidor á *Pedro del Valle.*»

FERNANDO A PERICO.

»Amigo mio: La marquesa merecía un chasco, pero vale más decirle la verdad. Aguarde V. mi regreso, que será ya pronto, y entre tanto déjese V. querer, y siga V. siendo rico.

»Mi salud es muy buena; estoy completamente restablecido.

»Hágame V. el favor de enterarse del estado de la causa contra mi agresor; quiero mostrarme parte en ella para perdonarle, para procurar disminuir su pena todo lo posible.

»Entre tanto, véale V. en la cárcel, y dígame que se hará por él lo que se pueda, y socorra V. á la familia de ese desgraciado, que la tenía abandonada.

»Hasta pronto.

»Le estima á V. su amigo,—*Fernando.*

»En un papel separado envío á V. otras instrucciones.

»Como verá V. en ellas, en la casa va á haber cambio completo de decoración.»

XXIX

Catalina hecha una fiera.

La marquesa está llena de asombro y alarma.

El palacio de la calle de Segovia va quedando completamente desalquilado; ya han sido extraídos todos los muebles, y los coches han salido todos de sus cocheras, con sus correspondientes yeguas y caballos, y no han vuelto.

No puede preguntar á Perico, porque éste ha salido hace dos días para Cádiz, pretextando un asunto urgente en aquella ciudad y el deseo de ver á su secretario, de quien volverá acompañado dentro de una semana.

—¿Qué es esto? se pregunta; ¿seré víctima de una burla?... ¿Se habrá ido Perico para no volver?... ¡Dios mio! todo Madrid sabe ya mi fortuna; todo el mundo sabe que me caso con ese hombre; hasta los periódicos lo han dicho... ¡Oh! ¡seria cosa de volverme loca!...

Yo estoy arruinada; lo poco que tenia lo he gastado todo, todo en lucir, en aparentar riqueza para que Perico no creyera que estaba enteramente desprovista de fortuna... ¡Jesus! ¡me voy á morir de impaciencia!

Llama al portero, le pregunta, y, como de costumbre, el portero no sabe nada; pero ella le manda averiguar á toda costa lo que pasa en aquella casa, y le amenaza con despedirle si no le cuenta el mismo dia á dónde han ido los muebles, á dónde los caballos y los coches.

El pobre Juan, más muerto que vivo, sale y se dirige á la casa de Perico.

—En ninguna parte, dice, me darán razon más pronto.

Pregunta al portero de Perico, que ya no es el que habia ántes, y recibe esta contestacion:

—Aquí no pasa nada, y si pasa algo, á V. no le importa.

Vuelve con esta razon el portero á casa de su señora, y figúrese la piadosa lectora cómo recibirá la marquesa semejante salida de pié de banco.

—Usted no sirve para nada, Juan, dice á su portero.

—Ya lo sé, señora marquesa.

—Me alegro de que lo sepa V.

—Como mi mujer me dice lo mismo todos los dias...

—Pero es V. un insolente...

—¡Ah! ¡señora! ¿yo insolente?...

—Insolente he dicho.

—Señora, V. E. me puede decir lo que quiera... pero eso de insolente...

—Quítese V. de mi vista.

Y el portero inmóvil.

—Vamos, le he dicho á V. que se quite de mi vista.

—Señora... y ¿cómo me he de quitar yo á mí mismo?...

—Que se vaya V...

—Eso es otra cosa.

—Y busque V. otra portería...

—Señora, exclama el portero con atribulado acento: señora, si me echa V. E. de su casa... me muero...

—Vaya, déjeme V. en paz...

—Pero señora, no me despedirá V. E... por Dios... aquí he nacido; ¡ojalá no hubiera nacido! aquí me he casado; ¡ojalá no lo hubiera hecho jamás!... y aquí he de morirme... y ántes ciegue V. E. que tal vea... ¡Ay! ¡señora! ¡qué disparate!... perdóneme V. E. que no sé lo que me digo... Yo no me voy...

—¿Que no se va V.?... Ahora mismo. En este momento recoge V. sus trastos y se marcha de mi casa.

—Señora, por María Santísima...

—No oigo nada.

—¿A dónde iré yo?...

—¡Fuera de mi casa!...

El infeliz anciano baja á su portería aturdido, sin poder hablar, llorando con incomparable desconsuelo, y con mil trabajos dice á su mujer lo que le pasa.

Sube Basilisa á ver á la marquesa, y en lugar de

calmarla , de suplicarla humildemente, de hacer, en fin, la causa del afligido esposo, se conduce de tal modo y habla á su señora tal lenguaje, que esta le contesta con la mayor acritud, y la señora Basilisa pone de vuelta y media á la marquesa, y le recuerda su origen, y falta poco para que la marquesa arroje un florero á la cabeza de la portera, y esta agarre del pelo á la marquesa.

Magdalena oye las voces é interviene; pero su tia, cada vez más excitada, se revuelve contra ella y le dice duras frases, y tan olvidada está en aquel momento de su propio decoro, que le echa en cara haberla tenido en su casa desde la muerte de D. Melchor.

La huérfana, ante esta incalificable grosería, baja la cabeza y sale del salon de su tia, diciendo á esta:

—Señora, podia en este momento hablar á V. de una accion que ha cometido conmigo tan mala que empequeñece y borra todos los favores que de V. he podido recibir, pero soy generosa y callo.

Y llamando á su doncella, dispuso Magdalena salir inmediatamente de aquella casa, donde tan atroz insulto se le habia hecho.

Una hora despues, Magdalena salia con su doncella de casa de la marquesa, y detras salian los infelices porteros, Basilisa vociferando y escandalizando; Juan pálido, afligido, loco de dolor.

—¿Y á dónde vamos, señorita? pregunta la doncella.

—No sé en este momento.

—¿Quiere V. venir, miéntras encontramos casa, á

la de mis padres?... Es una casa pobre, pero honrada... Allí podrá V. estar tres, cuatro, seis días, los que quiera, hasta que venga el señorito Fernando. Si no, tendremos que ir á una fonda...

—No, no, prefiero la casa de tus padres.

—Es aquí cerca, en la calle del Nuncio.

—Vamos.

Magdalena encuentra en casa de los padres de su fiel doncella, que es verdaderamente una doncella como hay pocas, una afectuosísima acogida. El padre es un anciano soldado, que ahora tiene un empleo de corto sueldo en el ayuntamiento; la madre es una vieja muy lista, muy limpia, y habla mucho, pero sin malicia, y cuida á su marido como á un niño, con la mayor solicitud y el más entrañable amor.

Ambos están locos de alegría con recibir en su casa á la señorita, á la que ha dado el pan tantos años á su hija, y Magdalena, en medio de su disgusto, no puede ménos de sonreirse, contemplando los esfuerzos que hace la buena voluntad de los ancianos para alojarla cómodamente, y oyendo las disculpas que le da la madre de su doncella por no tener allí alfombras, espejos, butacas, y todo lo necesario para hospedar á una señorita que está acostumbrada á todas las comodidades.

¿Y los desdichados porteros?... En una portería de la calle de Segovia han sido recogidos por una portera piadosa.

Juan calla como un poste, y no ha salido de su estupor.

Pero su mujer habla por los codos, cuenta de pe á pa la historia de la marquesa, con las exageraciones é invenciones propias de una tan empecatada habladora como es la señora Basilisa, y no queda en toda la calle de Segovia portero, criada, niñera, ama de cria y asistente que no sepa que la marquesa del Rosal se ha vuelto loca, y otra infinidad de cosas que para nada necesitaban saber.

Entre tanto la marquesa continúa devorada por la impaciencia, y maldice á Perico, y va al balcon á mirar á la casa de enfrente, y da patadas á las sillas, y rompe algunos objetos, y está hecha una verdadera furia.

Sus dudas y su alarma crecen cuando vé llegar delante de la puerta del palacio un carro cargado de sillas de Vitoria, otro con veinticuatro camas de hierro, otro con otras tantas mesas de noche, y otro con otros muebles nuevos y limpios, pero de pobre apariencia, propios de una casa de humildes moradores.

Y aumenta su asombro cuando ve, estando abiertos los balcones de los hermosos salones de Perico, que en aquellos salones están colocando las camas de hierro y las mesas de noche, y que á las magníficas colgaduras de raso y terciopelo reemplazan otras de percal.

—¡Jesus!... exclama, yo voy á perder el juicio. Es preciso que yo misma me informe...

Y sin encomendarse á Dios, ni al diablo, coge la mantilla, y baja, y atraviesa la calle, y entra en la casa de Perico.

Sube, y á uno de los que dirigen la colocacion de todos aquellos muebles, le pregunta, procurando ser amable:

—¿Me hace V. el favor de decirme quién viene á vivir á esta casa?

—Señora, creo que esta casa es para los pobres.

—¿Para los pobres?...

—Sí, señora.

—Pues, ¿y su dueño?...

—Yo no conozco á su dueño; únicamente se me ha dicho que esta casa es de una señora...

—¿De una señora?...

—O mejor dicho, de la señorita Magdalena... á quien no conozco tampoco.

La marquesa, que iba á salir de sus dudas, queda aterrada al oír el nombre de su sobrina.

XXX

Finaliza la historia de Perico y se acaba la novela.

Fernando y Perico vuelven á Madrid, y se dirigen desde la estacion á la casa del barrio de Salamanca, comprada por el primero, como se vió en uno de los capítulos de este libro, y que es la misma que perteneció á D. Melchor. A esta casa han sido trasladados los muebles de la de Perico, y las habitaciones que ocupó en ella Magdalena en los risueños dias de su juventud, están lo mismo que estaban en aquella época, gracias al indeleble recuerdo que Fernando conserva de dias tan felices tambien para él.

Fernando sabe ya que Magdalena ha salido de casa de su tia, y se dirige á la de la calle del Nuncio, donde se halla su prometida, que le recibe llena de confusion y de vergüenza, á la vez que de profunda gratitud y verdadero amor.

—¡Cuánto me complace, dice Fernando, hallarte

en esta casa de la pobreza y la honradez!... Mañana el sacerdote nos unirá para siempre, y volverás á tu casa del barrio de Salamanca, la misma donde nos conocimos, donde murieron tus pobres padres...

—¡Fernando!...

—La he comprado para tí, ó, mejor dicho, en tu nombre; es decir, que la has comprado tú. Me decias en tu carta que, si no se efectuaba nuestro enlace, querias ser hermana de la Caridad: nuestro enlace se verificará, y tendrás tambien ocasion de ejercer la caridad, porque la casa de la calle de Segovia se la cedo á los pobres, á veinticuatro ancianos, que elegiremos entre los muchos que conocemos. La direccion de esa casa queda á tu cuidado. Esta es la penitencia que te impongo por haber tenido alguna vez la flaqueza de la vanidad...

—¡Oh! Fernando mio, dulce y hermosa penitencia la que tu amor me impone.

—Magdalena, soy muy rico; la suerte me favoreció excepcionalmente en los Estados-Unidos, y quise en efecto probar tu amor. Acaso hice mal...

—¡Oh! Has hecho bien...

—Ahora, Magdalena, viviremos cómoda y holgadamente, porque nuestra fortuna nos lo permite; pero sin fausto, sin alarde, sin vanidad, en una palabra. Gran parte de esa fortuna será para los pobres, para los pobres honrados y dignos de toda consideracion, y ya verás qué ocupados nos tiene todo el año esa obligacion, y qué legítima y santa vanidad sentimos haciendo el bien sin contárselo á nadie, y sin que lo

sepan más que ellos cuando queramos que lo sepan. Nuestra casa abierta estará siempre para los pobres y para los amigos, pero cerrada para adúladores y parásitos, para envidiosos y murmuradores.

Con nuestro amor, continúa Fernando; con nuestros pobres; con nuestros hijos, si Dios nos los envía; con el cuidado de su educación; con muchos y buenos libros, y con pocos amigos, que nunca pueden ser muchos los verdaderos, viviremos completamente felices, Magdalena mia, y nadie nos envidiará acaso nuestra modestia, pero tampoco nosotros envidiaremos á nadie.

Y continúan hablando los dichosos novios de sus proyectos de felicidad. Fernando sabe ser feliz, porque ninguno como él sabe imaginar modos tan diversos, delicados é ingeniosos de hacer el bien, de favorecer al pobre, de consolar al triste, y de auxiliar al desvalido. Lleno su corazón de ardiente caridad, de profundo amor al prójimo, ha hecho un estudio, si así puede decirse, del ejercicio de la caridad, y ya se le podría llamar *maestro de buenas acciones*.

Magdalena, oyéndole hablar, siente amor profundo, y respeto, y admiración por el que va á ser su marido, y no puede ménos de bendecir la misericordia de Dios, que tan generoso ha sido con ella, y bendice también la hora de su arrepentimiento... porque si la maldita vanidad hubiera seguido cegando su entendimiento y secando su corazón, ¿qué habría sido de ella?...

.....

Perico ha corrido á casa de su enamorada prima, enamorada de su dinero, y ya le ha dicho que viene dispuesto á casarse con ella.

—Perico, seamos francos, dice la marquesa, que todavía está furiosa, aunque lo disimula; tu conducta es muy equívoca, y necesito que me expliques...

—Todo lo que quieras, prima; á eso vengo.

—¿Qué significa el cambio verificado en tu casa?...

—¡Oh! nada; esa casa se ha cedido para asilo de un número de pobres, á quienes desea favorecer Fernando.

—¡Fernando!...

—¡Sí! hasta ahora he callado la verdad, porque no podía hablar, habia jurado no hablar... Esa casa es de Fernando.

—¡Ah!

—Sí; y no es eso sólo lo que tengo que decirte, prima mia.

—Habla... si puedes ya hablar.

—Sí; Fernando me lo permite.

—Ya te oigo, dice la marquesa aparentando calma, pero con vivos deseos de sacar los ojos á su primo.

Perico refiere á la marquesa toda la parte de su historia que la lectora ha visto en otro capítulo de este libro, y despues continúa:

—En Lóndres, prima mia, tuve el tino de reunirme con la gente más abyecta y miserable, y me hice un canalla. El juego, el vino me embrutecieron, y caí en todos los vicios; fuí un perdido.

Perseguida la cuadrilla de que yo formaba parte

por aquella implacable policía, tuvimos que huir, y pasamos á los Estados Unidos. Omito referirte mis hazañas en Nueva-York, y voy al trance más terrible.

Una noche, los tres compañeros con quienes yo vivía, uno frances y dos ingleses, me llevaron á una calle apartada, y allí me dijeron que se trataba de dar un golpe que habia de ser nuestra fortuna. Un español riquísimo debia pasar por allí indefectiblemente; habia que apoderarse de él para pedirle luego un rescate considerable, y siendo yo español debia acercarme y hablarle en castellano para detenerle; mis compañeros se echarian sobre él, y todo seria cosa de un momento...

Yo, vergüenza me causa decirlo, hice lo que me dijeron; pero el español era enérgico, tenia grandes fuerzas, y no pudieron sujetarle; uno de mis compañeros quedó muerto de un tiro que le disparó el valiente español, y los otros dos huyeron.

—¡Por Dios! exclamé yo, ¡perdon! y caí de rodillas delante de aquel bizarro jóven.

El me tendió la mano, diciéndome:

—Levante V.; no en vano ha de pedirme perdon un compatriota. Llegó la policía, y el nobilísimo señor declaró que tres malhechores le habian acometido, que á uno le habia muerto en legítima defensa, y los otros dos habian huido, y que yo era un español dependiente suyo, que por las noches le seguia á cierta distancia, en la prevision de que pudiera ocurrirle un lance como el de que habia estado expuesto á ser víctima.

—¡Noble accion!

—El hombre generoso que así se conducia conmigo, era Fernando.

Fernando me llevó á su casa, me hizo referirle mi vida, supo mi origen, mis calaveradas, mis vicios, lo supo todo; y cuando hube concluido de hacer mi confesion, me tendió la mano y me dijo:

—Me felicito de haber hecho por V. lo que ha visto, porque espero hacer más, espero salvarle, devolverle su decoro perdido, y hacer un hombre de bien de quien era ya un criminal. V. va á vivir conmigo y á procurar ser digno de mi confianza y de mi amistad.

Caí de rodillas, besando las manos del hombre incomparable que así me arrancaba á la miseria, á la abyeccion, acaso al cadalso, y desde aquel momento juré fidelidad eterna á Fernando, y todo mi anhelo era servirle, obediente, sumiso como un esclavo.

Esta es mi historia, prima mia; Fernando me mandó que aceptase el papel que he representado en Madrid, con objeto de poner á prueba el amor de su prometida. Dios ha querido abrir los ojos á Magdalena, y separarla del camino en que iba entrando, conducida y aconsejada por la maldita vanidad, y mañana ó pasado se casará con Fernando. Mi papel ha terminado, y ahora Fernando, siempre noble, siempre generoso, acaba de hacer conmigo otra accion sublime.

Ayer me dijo:

—Amigo mio, — tan bueno es que ya me llama su

amigo, á mí que fui cómplice de los que acaso le hubieran asesinado, —debo á V. una de las mayores venturas de mi existencia: la de haber hecho de un pillo un hombre de bien; de un criminal un hombre honrado: soy muy rico; poseo dos millones de duros; pero no tengo bastante dinero para pagar esa inmensa satisfaccion, que me sirve de gran consuelo cuando me entristezco, pensando que maté á un hombre en aquel lance, á un hombre que, si era un criminal, tambien era mi hermano... Amigo mio, V. me va á hacer el favor de aceptar un millon de reales como regalo de boda, pues supongo que la marquesa no se negará á casarse con V., áun cuando sepa su historia...

Hé aquí, pues, prima mia, toda la verdad. ¿Aceptas mi mano, purificada y honrada ya?...

—¿Y qué he de hacer?... Todo el mundo sabe ya que nuestro enlace está concertado...

—Podemos ser felices, prima mia; los dos hemos pasado ya de la edad de las ilusiones...

—¡Ay! ¡yo no!...

—Y lo seremos si imitamos el ejemplo de Fernando, si copiamos sus virtudes y hacemos el bien, en la medida de nuestras fuerzas, como él lo hace pródiga y generosamente, haciendo el uso más noble de sus grandes riquezas.

El dia siguiente, Catalina y Magdalena se vieron, y se perdonaron mutuamente los malos deseos, las envidias y los engaños en que habian incurrido cuando la maldita vanidad las tenia dominadas.

En un mismo dia, al mismo tiempo, se verificaron

las bodas de Fernando y Magdalena, y Perico y Catalina.

Los pobres de Madrid tuvieron un gran día.

Perico se ha hecho un hombre importante, ha sido diputado, ¿y quién sabe si será ministro? El no sabe gran cosa de política ni administracion; pero si para ser ministro se necesitara saber mucho, ¿lo hubieran sido todos los que lo han sido en España de algun tiempo acá?

Fernando continúa su método de vida modesta y tranquila, y es muy feliz con Magdalena, que da muchas gracias á Dios por haberla perdonado, y haber premiado su arrepentimiento uniéndola con Fernando.

En Madrid tiene Fernando fama de excéntrico y extravagante. Ya se ve, ni se mete en política, ni pierde los ojos en el Casino, ni gasta un cuarto en queridas, porque no las tiene, ni hace obras de caridad á son de trompeta, y en fin, no tiene vanidad, y lo mismo da su mano á un albañil honrado que á un príncipe.

Ya supondrán Vds. que le tiene sin cuidado la calificación de extravagante que le dan los necios.

EPÍLOGO

Gallardamente va cortando las ondas, camino de nuestras preciadas Antillas, el vapor *Mendez Nuñez*, de la empresa transatlántica de D. Antonio Lopez y compañía.

En este vapor van los marqueses de la Azucena con su hija Rosalía, á la que llevan á Puerto-Rico á casarla con el novio que tiene tres millones de pesos y una joroba que le pesa mucho más.

Ya está el vapor á pocas millas de la isla de San Juan de Puerto-Rico.

La noche es hermosa.

La marquesa de la Azucena duerme en su camarote.

El marqués, en el suyo, piensa en la gran boda que va á hacer su hija.

Esta, con la negra Francisca, está sobre cubierta.

—¡Niña Rosalía, dice á su ama, por Dios, no se mate, no se mate!

—Sí; he jurado no casarme con ese miserable que me espera ; perdí la dulce ilusion de mi vida ; ya no hago nada en el mundo. Nadie me ama.

—Yo sí.

—Sólo tú me amas, Francisca mia; es verdad. Yo no amo á nadie, á nadie; aborrezco á todo el mundo...

—Si niña se mata, yo me mato tambien.

—¿Serias capaz?

—Sí... por niña Rosalía, todo, todo lo hago yo.

—Pues abrázame...

—¡Por Dios, no se mate!...

—Sí; lo he jurado; cumple tú tambien tu promesa.

Oyóse un golpe en el agua, las ondas se abrieron y se cerraron instantáneamente, y luego se oyó otro golpe, y otro cuerpo desapareció en el abismo.

.....

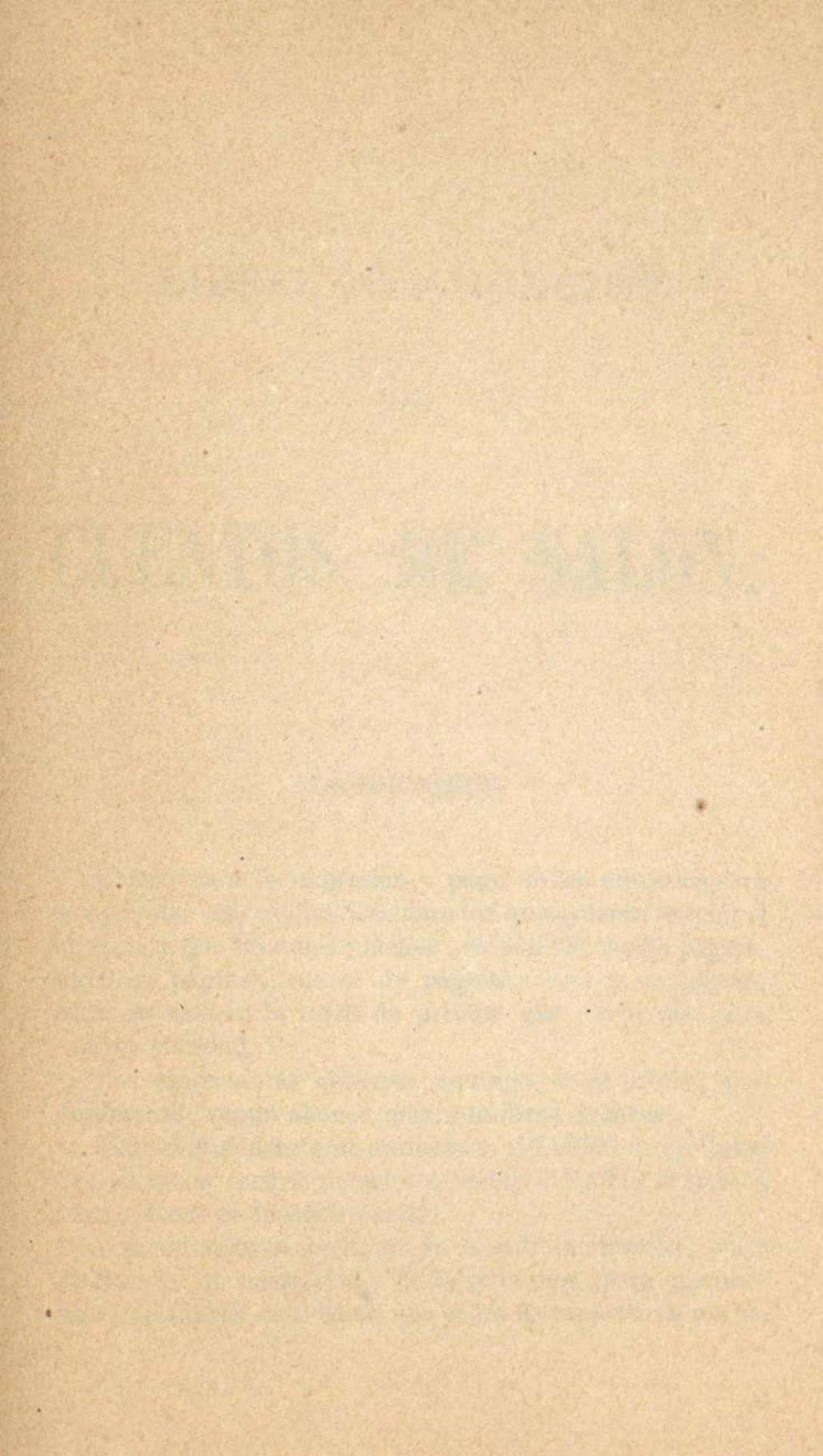
.....

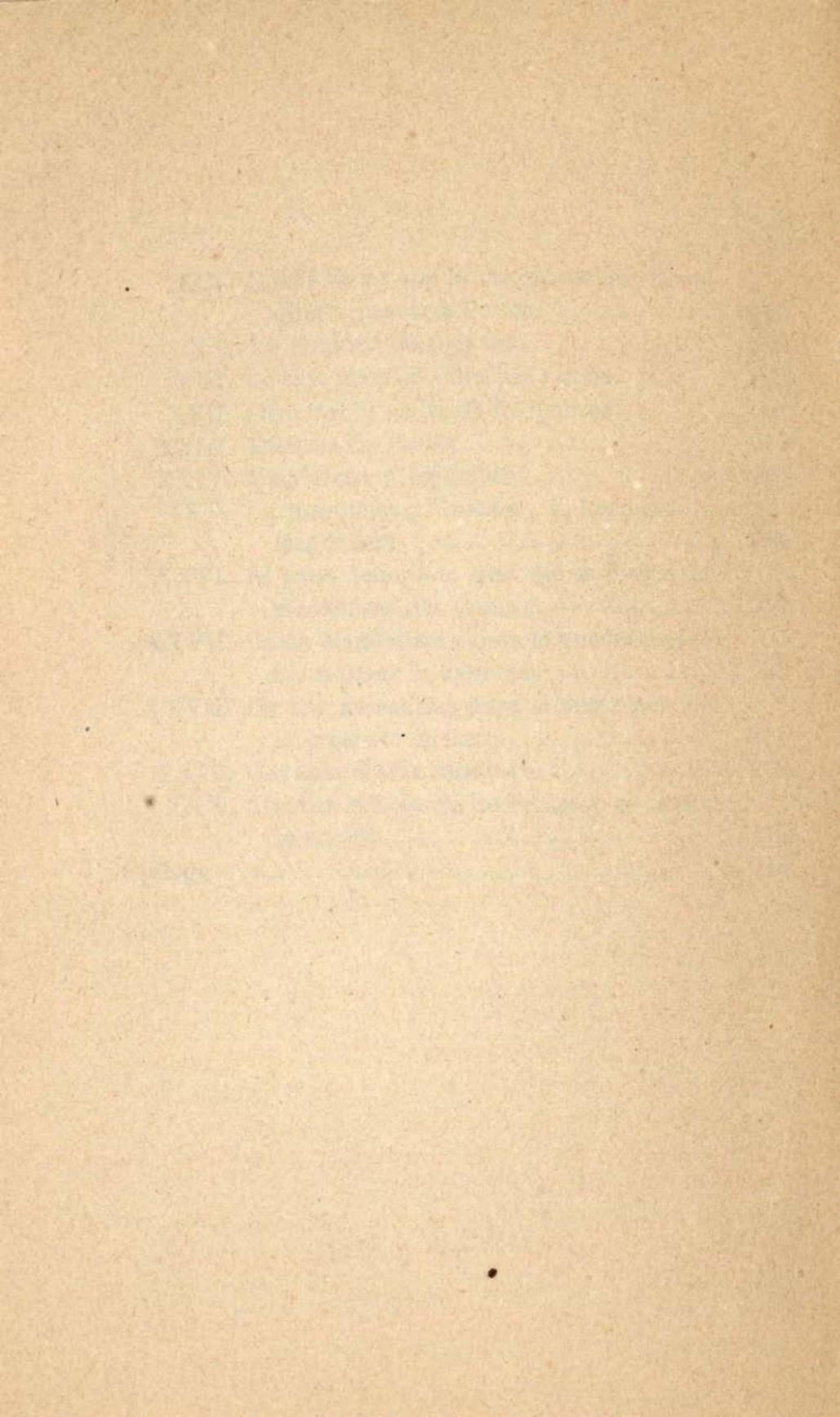
Juan, el portero de la marquesa, no murió tan trágicamente; murió en el santo hospital á consecuencia de un ataque cerebral. Tal trastorno causó en él la salida de aquella casa donde habia nacido. La mujer aturde á gritos las calles de Madrid vendiendo *El Imparcial* y *El Cascabel*.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
I. Donde se muere D. Melchor y se sabe quién fué D. Melchor.....	5
II. El amor de Magdalena.....	16
III. La marquesa del Rosal.....	26
IV. Magdalena á Fernando, y Fernando á Magdalena.....	36
V. Donde el lector conoce á unas señoras.	46
VI. La casa de la calle de Segovia.....	57
VII. La carta de Fernando.....	67
VIII. De cómo le salió un primo á la marque- sa del Rosal.....	79
IX. ¡Al fin!.....	81
X. El gran desengaño.....	87
XI. Un portero feliz.....	95
XII. El primo y la prima.....	105
XIII. Tarjetas y memoriales.....	112
XIV. De cómo Perico se hizo el héroe del día, y Fernando sufrió un desengaño....	124
XV. Perico se explica.....	131
XVI. El padre de los pobres.....	145
XVII. Preparativos de fiesta.....	156
XVIII. La famosa fiesta que hubo en el palacio de la calle de Segovia.....	165

XIX. Donde se ve que la marquesa del Rosal queria pescar á Perico.....	179
XX. La vanidad de una fea.....	187
XXI. Lo que inventó Catalina Lopez.....	195
XXII. Otra vez el padre de los pobres.....	205
XXIII. Historia de Perico.....	214
XXIV. Magdalena y los pobres.....	226
XXV. La marquesa y Rosalia, y Fernando y Magdalena.....	233
XXVI. El gran banquete que dió á Perico la vizcondesa del Tronco.....	242
XXVII. Cómo Magdalena vió en lo que suele ve- nir á parar la vanidad.....	253
XXVIII. Cartas necesarias para el desenlace de la presente historia.....	261
XXIX. Catalina hecha una fiera.....	268
XXX. Finaliza la historia de Perico y se acaba la novela.....	275
Epilogo.....	283





LIBRO DE ANUNCIOS

DE LOS

CUENTOS DE SALON.

CONDICIONES.

El tipo para la impresion y pago de los anuncios será *una página*; ésta se dividirá, para los que quieran reducir el anuncio y que les cueste ménos, en página, media página, tercio de página, cuarto de página y octavo de página, como se verá en la tarifa de precios que va al pié, para mayor claridad.

Los anunciantes obtienen ventajas en el precio, gradualmente, segun abonen mayor número de meses.

Todo el que inserte un anuncio en el LIBRO de los CUENTOS DE SALON tendrá derecho á recibir GRATIS el tomo ó tomos donde se insertáre aquél.

Los anuncios se recibirán en la Administracion, plaza de Matute, 2, hasta el dia 20 de cada mes, para que puedan imprimirse en el tomo que se ha de repartir en los úl-

timos dias del mismo. Se admiten *clichés*, teniendo en cuenta el lugar que han de ocupar.

A fines del presente año aparecerá el ALMANAQUE DE SALON PARA 1873, del cual, como hay grandes pedidos y será un libro originalísimo, se prepara una edicion de VEINTE MIL EJEMPLARES, y desde ahora se reciben anuncios para colocarlos en el ALMANAQUE, debiendo pagar DOBLE PRECIO del tipo mensual señalado en la tarifa.

Los anunciadores por año adquieren el derecho de que sus anuncios se inserten GRATIS en el ALMANAQUE.

Estando perfectamente marcados en la tarifa los precios y dimensiones de los anuncios, las personas de provincias, de Ultramar ó del extranjero que quieran utilizar el LIBRO, enviarán por el correo al administrador de los CUENTOS DE SALON, plaza de Matute, 2, el anuncio y su importe, y se les devolverá por el mismo conducto un recibo talonario para su resguardo.

Por supuesto que, estando destinados los CUENTOS DE SALON á andar en manos de las damas y de personas de buen gusto, no se admitirán anuncios relativos á enfermedades, objetos ni libros repugnantes á la moral.

TARIFA DE PRECIOS.

	Un mes. Rs. vn.	Dos meses. Rs. vn.	Tres meses Rs. vn.	Semestre. Rs. vn.	Año. Rs. vn.
Una página	100	180	260	500	900
Media página . . .	60	100	140	260	500
Tercio de página.	40	70	100	180	320
Cuarto de página.	30	50	80	140	240
Octavo de página.	20	30	40	70	120

JARABE PECTORAL CUBANO

PREPARADO EN LA HABANA

POR EL DOCTOR LE-RIVEREND

SEGUN FÓRMULA DEL DOCTOR GANDUL

Este Jarabe depurativo de la sangre tiene un poder cicatrizante incontestable, y calma muy pronto la tos por rebelde que sea. Esta propiedad es de una importancia inapreciable, sobre todo en la tisis pulmonar cuando viene acompañada de este incómodo síntoma, que no deja descanso á los pacientes.

EL JARABE PECTORAL CUBANO, al quitarles la tos, les devuelve la calma, procurándoles el descanso necesario para alimentarse.

EL JARABE PECTORAL CUBANO, unido á las píldoras de YODOFORMO Ferradas, es una poderosísima medicación para curar la hemoptisis, catarros crónicos y agudos, tisis pulmonar y laríngea incipiente, y en general, todas las enfermedades del pecho.

Se vende en Madrid, en la farmacia del Dr. Simon, y en todas las boticas de la Isla de Cuba.

ROB DEPURATIVO

DE GANDUL

Es el mejor de cuantos medicamentos se conocen para purificar la sangre, como lo comprueban los experimentos comparativos hechos en los hospitales y práctica civil por los más acreditados facultativos de la Habana y de órden de la Inspeccion de Estudios de las islas de Cuba y Puerto Rico, y habiendo salido triunfante en todas las pruebas, esta ilustre corporacion no pudo ménos de conceder á su autor privilegio exclusivo; y lo propio aconteció en la Academia Nacional de Medicina y Cirugía de Cádiz.

Las curas prodigiosas efectuadas en diez y siete años que cuenta del dominio público, son la mejor garantía que podemos ofrecer al público. Sin grandes y pomposos anuncios, de los que se sirve el charlatanismo, bastará preguntar á los miles de ejemplos vivos que circulan por la isla para que respondan entusiasmados elogiando sus virtudes, y podemos presentar testimonios de ininidad de personas que despues de haber tomado inútilmente la Zarparrilla de Bristol, la de Townsend y el Rob de Lafeteur, no han logrado curarse sino con el ROB DE GANDUL. Esta es la causa de la gran boga que ha adquirido, no sólo en la isla de Cuba sino en Puerto-Rico, en España y el Pacífico, para donde son muchos los pedidos.

Sirve para curar las úlceras de todas clases, herpes, y todas las enfermedades de la piel, y las que provengan de impureza de la sangre por malos humores adquiridos ó heredados.

Se vende en todas las boticas de la Isla de Cuba.—En Madrid, farmacia del Dr. Simon, que sirve los pedidos que se le hagan de provincias y del extranjero.

ULTRAMARINOS.

En la calle de la Luna, núm. 2, esquina á la Corredera baja de San Pablo, se espendeden al pormenor los ricos aguardientes de Oggen y arroz, que tanto renombre han alcanzado por su excelente calidad, así como tambien el exquisito salchichon de Vich, que desde largos años viene recibiendo dicha casa, y que la mayor parte del público madrileño reconoce como el primero en su clase.

Hay además un completo surtido en vinos generosos y licores, tanto del reino como extranjeros, de las casas más acreditadas, y en todo lo perteneciente al ramo de Ultramarinos.

TEODORO GUERRERO.

LECCIONES DE MUNDO

PÁGINAS DE LA INFANCIA

MÁXIMAS, CONSEJOS Y FÁBULAS MORALES EN VERSO.

Sexta edición.

Se vende á 5 rs. en la Administracion de los CUENTOS DE SALON, plaza de Matute, 2, y en las librerías de Madrid.

A provincias se remite certificado, librando 6 rs. al autor, en Madrid, calle de San Andres, núm. 1, principal.

Hay existencias de ejemplares: en *Barcelona*, librerías de Bastinos y de Puig; en *Cádiz*, Verdugo; en *Zaragoza*, Gallifa; en *Sevilla*, Fé; en *Valladolid*, hijos de Rodriguez; en *Málaga*, Moya; en *Búrgos*, Rodriguez Alonso; en *Valencia*, Badal; y en *Guadalajara*, Antelo.

Tomando ejemplares por mayor, se hace una gran rebaja.

PREPARADOS ESPECIALES

DEL DOCTOR DON TOMAS PADRÓ.

TINTURA-PADRÓ

para teñir instantáneamente el pelo sin manchar el cutis, ni atacar la sustancia capilar, la más barata y la más fácil de aplicar, por ser la operación sencilla.

¡Transformación sorprendente!
¡Éxito seguro!—Una caja, 48 rs.

TRICOFERO

para restablecer, conservar y embellecer el cabello, estirpar la caspa y las costras, precaver la calvicie, curar las enfermedades de la piel y lavar la cabeza en pocos minutos.

Este preparado no debe faltar en el tocador de ninguna persona que desee conservar la cabeza limpia.—Un frasco 6 rs.

DEPILATORIO IMPERIAL

para quitar en seis minutos el vello de las partes pilosas sin consecuencia alguna, pues que en su composición no entra ninguna sustancia cáustica. El vello llega á desaparecer por completo despues de repetidas depilaciones.—Un bote 10 rs.

EL MEJOR DE LOS PECTORALES

LEGÍTIMA PASTA DE JARAMAGO

La brevedad con que cura la tos seca ó húmeda, la coqueluche, la ronquera seca ó con estincion casi completa de la voz, el mal de garganta y demas afecciones de los órganos respiratorios, le ha hecho alcanzar un renombre merecido.

Los oradores la usan ántes de tomar la palabra, ó así que cansados de perorar se les debilita la voz.—Una caja 4 rs.

PASTILLAS DE LECHE DE BURRA.

Estas pastillas se usan como alimento y medicamento, contra la tos reciente y crónica, los catarros crónicos y envejecidos, las afecciones de los pulmones en todos sus períodos, las alteraciones de las vías respiratorias, las inflamaciones bronquiales y de la garganta, la consunción lenta, la fiebre aguda y lenta, la ronquera, las indisposiciones catarrales ocasionadas por los cambios atmosféricos, y contra los desarreglos del estómago.

La leche de burra tiene suma importancia en la terapéutica, y es tanto su consumo en el día, ya como alimento, ya como medicamento, que ha llamado nuestra atención al averiguar si sería posible en casos dados administrarla en una densidad determinada, reduciéndola á pastillas ó en su estado natural.—Una caja 4 rs.

PASTILLAS DE AZUFRE.

Estas pastillas curan todas las afecciones cutáneas, como la sarna, las herpes, la tos herpética, y las enfermedades que dimanán de la sangre.—USO.—De cuatro á seis pastillas diarias.—Caja 4 rs.

BARCELONA.—Farmacia de la Sra. viuda de T. Padró.

MADRID.—Farmacias de Ulzurrua, Sanchez Ocaña, Moreno Miguel, Simon, Yust, R. Hernandez, etc.

LA CONFIANZA

FÁBRICA DE CHOCOLATE Y BUJIAS DE CERA DE ABEJAS

DE

JUAN PANERO

En ASTORGA, provincia de Leon.

PREMIADO EN LA EXPOSICION DE VALLADOLID
POR SUS BUJÍAS DE CERA.

Los *Chocolates* de esta fábrica, por su esmerada elaboración, son tan superiores, que nada dejan que desear á la persona del más delicado gusto; pues es tan fino su molido (á pesar de hacerlo á brazo), que no se percibe grano alguno al tomarlos. Tales circunstancias hacen que esta Fábrica sostenga con orgullo la fama que siempre han tenido los *Chocolates de Astorga*.

Los pedidos, que se sirven con la mayor puntualidad como lo acreditan los muchos que se le hacen de provincias, pueden dirigirse á D. Juan Panero, en Astorga; ó á su representante en Madrid, D. Juan M. Elices, calle del Olivar, núm. 13, cuarto tercero, el cual, por cuenta de la fábrica, los expende á 5, 6, 7, 8, 9 y 10 reales libra de 460 gramos.



REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA

POR DON CÁRLOS FRONTAURA

Se han publicado cuatro tomos, y se está publicando el quinto.

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

En los tomos publicados aparecen las firmas de los hombres más eminentes de España.

Precios: en Madrid 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias, 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

A todo el que se suscriba, se le regala el magnífico

ALMANAQUE DE LOS NIÑOS PARA 1872,

que contiene 26 láminas y una comedia para los niños.

Es la publicacion más elegante, más útil y más artística.

DROGUERIA EN SAN SEBASTIAN DE EUSEBIO TORNERO

PLAZA DE GUIPÚZCOA, NÚMERO 6

**Esquina á la calle de Bengoechea, frente al correo:
primero y único establecimiento de su clase.**

SURTIDO GENERAL DE ARTÍCULOS PARA LA MEDICINA, LA INDUSTRIA
Y LAS ARTES.

ESPECIALIDADES FARMACÉUTICAS, NACIONALES Y EXTRANJERAS.—
VENTAS POR MAYOR Y MENOR.—EXPEDICIONES Á TODOS PUNTOS.

El creciente favor que este establecimiento recibe del público consumidor, y los muchos y buenos parroquianos que ya ha adquirido en la provincia y en el interior, es la mejor prueba del gran surtido y superioridad de sus géneros, á la vez que de la baratura de sus precios.

Para los pormenores, pídase el *Catálogo*.

EL RECREO DE LAS FAMILIAS

REVISTA DECENAL LITERARIA

DIRIGIDA POR

D. SALVADOR M. DE FABREGUES

Y

D. JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE

Esta elegante publicacion, redactada por los más distinguidos escritores españoles y de Ultramar, se publica en Valencia los dias 5, 15 y 25 de cada mes. Su precio es 6 rs. trimestre en aquella ciudad, y 7 fuera.

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO ILUSTRADO PARA LAS SEÑORAS

DIRIGIDO POR DOÑA ANGELA GRASSI.

ADMINISTRACION. — PLAZA DE PRIM, NUM. 2. — MADRID.

Tres mil quinientos grabados en negro, 400 patrones, 1.200 dibujos para bordados y 48 figurines iluminados en París.

El Correo sale cuatro veces al mes, en los días 2, 10, 18 y 26.

EDICION DE LUJO.

MADRID.	Rs. vn.	PROVINCIAS.	Rs. vn.
Un año.	120	Un año.	144
Seis meses.	62	Seis meses.	74
Tres idem.	52	Tres idem.	38
Un mes.	12		

Islas de Cuba y Puerto Rico. Un año, 10 pesos: seis meses, 6 pesos.

Islas Filipinas y el Continente de América. Un año, 15 pesos.

En el Extranjero. Un año, 160 rs.

EDICION ECONOMICA.

MADRID.	Rs. vn.	PROVINCIAS.	Rs. vn.
Un año.	72	Un año.	84
Seis meses.	58	Seis meses.	46
Tres idem.	20	Tres idem.	24
Un mes.	8		

Extranjero: Un año. 120

Las señoras que se suscriban á *El Correo de la Moda* por un año, recibirán como regalo dos hermosos figurinos dobles; las que lo sean por seis meses, uno, ó sea el que corresponde al semestre.

Se envía gratis y franco de porte un número de muestra á cuantas personas lo deseen.

EL LIBRO DE LOS REYES

Apuntes histórico-cronológico-biográficos de los soberanos de España, desde los primitivos reyes de Iberia hasta nuestros días

POR

D. SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES

Un tomo en 4.º español de 400 páginas, 24 rs.

Se halla de venta en la librería de Pascual Aguilar, Caballeros, 1.—Valencia.

AL EQUIPO NUPCIAL.

Obrador de confeccion de ropa blanca.—Modas de señoras y niños.—Camiseria.—Corbatas.—Canastillos para recién nacidos.—Trousseaux y equipos para novias.—Novedad y elegancia.

Calle del Arenal, núm. 22.

MADRID.

TEODORO GUERRERO

LECCIONES FAMILIARES.

PÁGINAS MORALES EN PROSA PARA LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA

—
TERCERA EDICION, CON LÁMINAS.
—

Se vende en Madrid á 5 rs. en la Administracion de los *Cuentos de salon*, plaza de Matute, 2, y en las librerias.

A provincias se remite certificado, librando 6 rs. al autor, en Madrid, calle de San Andres, 1, principal.

Tomando ejemplares por mayor, se hace una gran rebaja.

EL CASCABEL

PAPEL PÚBLICO

DIRIGIDO POR CARLOS FRONTAURA.

Cuesta NUEVE reales el trimestre en Madrid y DIEZ en provincias.

Reparte todos los meses un cuaderno de

COSAS DEL AÑO.

Historia completa de todos los meses del año, conteniendo todas las leyes, documentos oficiales, etc., etc., y gran copia de noticias varias.

Se da gratis á los suscritores de *El Cascabel*.

Cada cuaderno, DOS reales.

BARAJA GEOGRAFICA

PARA RECREO É INSTRUCCION DE LOS NIÑOS
POR D. FRANCISCO LOPEZ FABRA

Esta baraja se halla de venta en la Administracion de *El Cascabel*, á 12 rs. ejemplar.

Los señores suscritores á *Los Niños*, á *El Cascabel*, ó á los *Cuentos de salon*, pueden obtenerla por la mitad de precio.

Los señores de provincias deberán remitir sobre el precio de la *Baraja* un sello más, para recibirla á vuelta de correo.

SOCIEDAD VINÍCOLA DE ESPAÑA

MADRID

CALLE DE PRECIADOS, NÚM. 6, BAJO.

Vinos y licores extranjeros y del reino, de los mejores y mas especiales que se conocen. Se reciben pedidos en dicho depósito y se llevan á domicilio. Se recomienda el vino de los Grandes de España.

MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO

NO MAS CABELLO BLANCO

POMADA REGENERADORA

Unica composicion que devuelve al cabello su primitivo color rubio, castaño ó negro, sin ninguna preparacion ni mancha.

Depósito en todas las capitales de España, y en Madrid, Puerta del Sol, núm. 5, portería. Concepcion Jerónima, 18; calle de Atocha, 87.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

REPRODUCCION FOTO-TIPOGRAFICA

DE LA

PRIMERA EDICION DE ESTA OBRA INMORTAL

Dirigida por

D. FRANCISCO LOPEZ FABRA

Y PUBLICADA BAJO LOS AUSPICIOS DE UNA ASOCIACION PROPAGADORA
presidida

POR EL EXCMO. SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Constará esta obra de 26 entregas á 20 rs. una.

Se han publicado 13 entregas.

Las suscripciones pueden dirigirse á D. Cárlos Frontaura, secretario de la Asociacion, ó á la Administracion, Carrera de San Jerónimo, 41, tercero.

OBRAS

DE

D. JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

BALADAS y CANTARES: un tomo, 6 rs.

TOMASITA, comedia en un acto, 4 rs.

EL CESTO DE FLORES, poesías ligeras: un tomo, 8 rs.

MAREMAGNUM, poesías festivas: un tomo 6 rs.

Pedidos al autor, en Valencia, calle de Don Juan de Villarrasa, 9, principal. Se venden además en las principales librerías.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA ADMINISTRACION DE

EL CASCABEL

PLAZA DE MATUTE, 2

- Las Tiendas*, por D. Carlos Frontaura. Un tomo, 8 rs.
Caricaturas y retratos, por el mismo. Un tomo, 8 reales.
Cosas de Madrid, por el mismo. Un tomo, 8 reales.
Galería de matrimonios, por el mismo. Un tomo, 8 rs.
Historias tristes, por el mismo. Un tomo, 4 reales.
El Caballo blanco, por el mismo. Un tomo, 4 reales.
El Barbero de París, por Paul de Kock. Un tomo, 6 rs.
En el Sitio, por D. R. Sepúlveda. Un tomo, 4 reales.
Lluvia menuda, por el mismo. Un tomo, 4 reales.
Un marido perdido, por Paul de Kock. Un tomo, 2 rs.

MUSICA BUENA Y BARATA

- La Tertulia*, coleccion de piezas de baile, 2 reales.
Album del pianista, 6 reales.
Veintiuna piezas de música de baile, 5 reales.
-

JUAN J. MARIEN.

**Agencia de negocios.—Centro de suscripciones
á los periódicos de España, Cuba, el extranjero y las
repúblicas americanas.**

Esta Agencia se hace cargo de toda clase de negocios que se le confien de cualquier parte del mundo, con el celo y la puntualidad que tiene acreditados.

Recibe comisiones para abrir suscripcion á las publicaciones periódicas en la isla de Puerto-Rico, donde tiene corresponsales activos en todos los pueblos.

SAN JUAN DE PUERTO-RICO: *Calle de San José, 9.*

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

PERIÓDICO ESPECIAL PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Las modas más recientes, representadas por los figurines iluminados mejores que se conocen; las explicaciones más detalladas que se pueden desear; la moralizadora lectura de sus novelas y artículos, hacen que esta publicación no tenga rival ni aún en el extranjero.

A las señoras que deseen conocerlo se les remite **grátis** un número, por vía de muestra, pidiéndole á su administración, Carretas, 12, principal, Madrid.

En provincias se suscribe en las principales librerías y establecimientos corresponsales de *La Ilustración Española y Americana*.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LÍNEA TRASATLÁNTICA.

Salida de Cádiz los días 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana.

Salida de la Habana tambien los días 15 y 30 de cada mes, á las cinco de la tarde, para Cádiz directamente.

TARIFA DE PASAJES.

	Primera cámara. — <i>Pesos.</i>	Segunda cámara. — <i>Pesos.</i>	Tercera ó entrepunte. — <i>Pesos.</i>
De Cádiz...) Puerto-Rico.....	150	100	45
Habana.....	180	120	50
Habana á Cádiz.....	200	160	70

Camarotes reservados de primera cámara de sólo dos literas: á Puerto-Rico, 170 pesos; á la Habana, 200 cada litera.—El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente.—Se rebaja un 10 por 100 sobre los dos pasajes el que tome un billete de ida y vuelta.—Los niños de ménos de dos años, grátis: de dos á siete, medio pasaje.—Para Sisal, Veracruz, Colon, etc., salen vapores de la Habana.

LA GUIRNALDA

periódico quincenal, dedicado al bello sexo

DIRIGIDO

POR D. JERÓNIMO MORAN

Publica: Poesias, novelas, artículos amenos é instructivos, charadas, acertijos y geroglíficos.

Reparte: Grandes pliegos de dibujo, para bordar al realce, con lausin, sedas y oro, cuajados de letras, cifras, emblemas y caprichosas fantasías; otros para crochet, láminas en colores para cañamazo; figurines hechos *exprofeso* en París y piezas de música lujosamente grabadas, para canto y piano ó para piano solamente.

La administracion se halla en Madrid, calle del Barco, 2, tercero.

Precios.—4 rs. al mes en Madrid; y en provincias 14 reales trimestre, 28 semestre y 50 el año, pagado por adelantado.

Se suscribe ademas en las principales librerías.

IMPRESA DE LA VIUDA DE GALIANO E HIJOS.—
Director, D. Luis García.—Se hacen toda clase de trabajos tipográficos con el mayor esmero y puntualidad. En este establecimiento se ha fundado un *Centro administrativo* para las empresas de publicaciones periódicas.

Madrid: plaza de los Ministerios, 2.

GUIA OFICIAL DE LOS FERRO-CARRILES DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
Unico indicador mensual aprobado por todas las compañías de ferro-carriles.
Se vende en todas las estaciones á 2 reales.

Administracion: calle de Leganitos, 17, entresuelo.

LECCIONES DE MUNDO
Y
LECCIONES FAMILIARES

por

D. TEODORO GUERRERO.

Á los suscritores de los *Cuentos de salon, Los Niños y El Cascabel*, que pidan ejemplares de los dos libros juntos, se les dará á PESETA el tomo en toda España.

Pedidos: á la Administracion, plaza de Matute, 2, ó al autor, calle de San Andres, 1, principal.

OBRADOR DE ENCUADERNACION

DE

EUGENIO SOBRINO.

Encuadernaciones de lujo.—Especialidad en cortes dorados.—Carpetas y libros rayados para el comercio y oficinas.

En este establecimiento se hace toda clase de encuadernaciones con prontitud, elegancia y baratura.

Se venden á 6 rs. los tomos de los *Cuentos de salon*, encuadernados en tela inglesa fina.

Desde el tomo de Julio se encuadernarán dichos tomos con tapas doradas de todo lujo, sin alterar el precio; se están confeccionando las planchas.

Madrid: calle de Vergara, 40.

Á NUESTROS LECTORES.

Con este tomo concluye el primer semestre de la *Biblioteca de la familia*. El público sabe ya lo que hemos hecho hasta aquí. En el segundo semestre de 1872, queriendo corresponder á la distincion con que nos ha favorecido, vamos á ofrecer dos novelas de mayores dimensiones para aumentar el interés de la lectura. En el semestre de Julio á Diciembre aparecerán en los CUENTOS DE SALON las siguientes obras:

Madrid por dentro, fotografia social de la vida de la Corte, por Teodoro Guerrero. Dos tomos.

El hijo del sacristan, por Carlos Frontaura. Dos tomos.

La manzana de la discordia y **El sueño de la felicidad**, por Guerrero. Un tomo.

Las madres, por Frontaura. Un tomo.

Los suscritores que paguen los doce tomos de 1872, tienen siempre derecho á recibir en el acto, de regalo, un ejemplar de LECCIONES FAMILIARES ó LECCIONES DE MUNDO, libros de Guerrero, y otro de ROMANCES POPULARES ó VIAJE CÓMICO Á LA EXPOSICION DE PARIS, libros de Frontaura: y á su tiempo el

ALMANAQUE DE SALON PARA EL AÑO 1873,

ilustrado con caricaturas.

Los actuales suscritores de los CUENTOS que adelanten el importe del segundo semestre, y los que se suscriban nuevamente por los tomos de Julio á Diciembre, tendrán derecho á recibir grátis el *Almanaque de salon*.

OBRAS PUBLICADAS.

Una perla en el fango, por T. Guerrero, un tomo.

Brígida, por C. Frontaura, un tomo.

La camelia y la mariposa y *Una historia de lágrimas*, por T. Guerrero, un tomo.

La doncella del piso segundo, por C. Frontaura, un tomo.

El vellocino de oro y *Fea y pobre*, por Guerrero. Un tomo.

La maldita vanidad, por Frontaura. Un tomo.

Se admiten suscripciones y se venden los tomos, en Madrid á CUATRO REALES, en las librerías, y en la administracion de los *Cuentos de salon*, Plaza de Matute, 2.

Se remiten á provincias los tomos, enviando cinco reales por cada uno.

